

Mrs. y Ruben. Jr. Sr. Sr. Manuel Maria Páez Lasso
Arzobispo de Quito,
Ciudad.

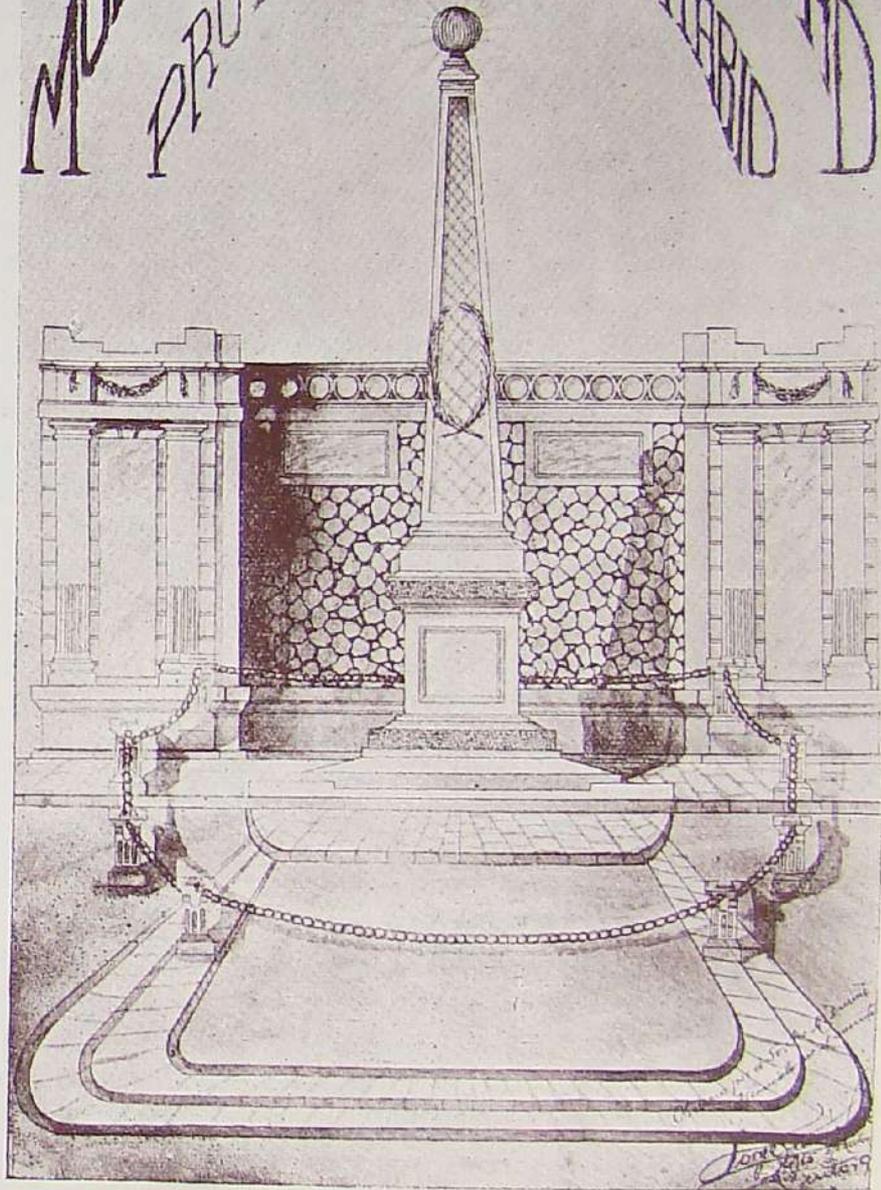
Graceta Municipal



Sumario

- Libertad, Libertad . . . !—Leopoldo Rivas B.
- El Mariscal Sucre y la Libertad.—Augusto Arias R.
- El retrato de Sucre.—Carlos R. Tobar.
- Antes de la Batalla de Pichincha.—Documentos Oficiales.
- Proclama a los habitantes del departamento de Quito.—Antonio J. de Sucre.
- La Batalla de Pichincha.—Abdón Calderón.—Manuel de J. Calle.
- Después de la Batalla de Pichincha.—Documentos Oficiales.
- Página de Oro.
- Sucre y el pueblo más querido de su corazón.—Documentos.
- Resumen sucinto de la Vida del General Sucre.—Simón Bolívar.
- Proclama.—Simón Bolívar.
- Antonio José de Sucre. (Fragmentos).—Ramón Azpurúa.
- Gloria a Sucre.
- Algunos de los homenajes rendidos por el Concejo Catonal de Quito a la memoria del ilustre Mariscal.

MONUMENTO EN LA CIMA DE LA LIBERTAD
PROYECTO COMPLEMENTARIO



Gaceta Municipal

NUMERO EXTRAORDINARIO

DEDICADO AL CENTENARIO DE LA BATALLA DE PICHINCHA

Director: Leopoldo Rivas B.

Quito, Mayo 24 de 1922.

LIBERTAD, LIBERTAD....!

CORRE y pasa el tiempo; el polvo de los años se amontona y con su peso fatal todo cambia y desaparece. Nuevas generaciones, nuevos acontecimientos van sucediendo a otros que se hundieron en el abismo de lo pretérito, y la vida subsiste, sigue su marcha sobre el cadáver de lo que fue.

PERO en este devenir incesante; en el cambio sin fin de todas las cosas, hay algo más perdurable que las soberbias pirámides que el "arte humano osado levantara y ludibrio son del tiempo"; hay el recuerdo inmortal de hechos gloriosos, cuidadosamente anotados en la Historia, el duradero, el grandioso monumento que tiene la Humanidad, en su constante evolución.

A través de las edades aún subsisten en su prístina grandeza; la pátina que los cubre revela antigüedad; pero no les resta brillo, antes lo vuelve más esplendente, a medida que los años con su roce continuo los va puliendo, si acaso ya no entraron en el crisol del juicio de la posteridad, donde se depuran las injusticias y se aparta la escoria de las pasiones.

CAMBIARÁ en el futuro la faz de los sucesos; se perderá el recuerdo de todo aquello que, como fugaz meteoro, lució un instante para extinguirse luego; pero mientras aliente la vida y haya conciencia de ella; hasta tanto la Historia se haga y escriba y en ella encuentren fuente de ilustración y de experiencia las generaciones, cada vez más altos, siempre inmortales, permanecerán los hechos que cumplieron hombres superiores, las acciones que se destacaron de lo vulgar y atrajeron y cautivaron la atención de toda una época.

YA no existe el templo de Salomón; se hundió para siempre la soberbia Babilonia; desplomóse al peso de los años el Coloso de Rodas; aún subsisten, pero se derrumbarán también, algún día, con es-

trépito, las pirámides de Egipto; pero todavía se recuerdan las sentencias del Rey Sabio, se admiran las hazañas de Sesostris y nunca se olvidará la epopeya singular de Alejandro el Magno.

PASA el tiempo y va hundiéndose en los abismos de lo ignoto; pero en la senda que ha recorrido la humanidad, con piedra blanca más dura que el diamante, ha señalado actos culminantes, gestos que transformaron una época y cambiaron su rumbo primitivo.

CIEN veces ha recorrido su órbita la Tierra; cien años que han pasado desde aquel día glorioso de Mayo, en que el genio subió a lo alto de la montaña augusta para estar más cerca del cielo. Se han sucedido las generaciones; en el antro de alguna tumba olvidada queda, acaso, un puñado de polvo como resto de los héroes de la sublime acción.

TODO ha cambiado, menos el recuerdo; todo ha desaparecido en la vorágine del tiempo; pero la misma llama que ardió en el pecho de los patriotas de la época legendaria, inextinguible está en el nuestro, y crece y se agiganta y toma proporciones de incendio cada vez que, con el omnímodo poder de la mente, retrotraemos las edades y en grata reminiscencia vivimos la vida de nuestros próceres; vida de martirios y sacrificios, pero también de triunfos inmortales; vida de epopeya tan sangrienta como gloriosa; vida efímera en el tiempo y el espacio; mas, imperecedera en el recuerdo.

NACIMOS en patria libre y hemos crecido en el amplio goce de inalienables derechos. Nos titulamos iguales, dentro de la colectividad republicana, y la divisa democrática, "no ser menos que nadie ni más que otros", copiada de la proclama que al mundo lanzó el pueblo francés, se ostenta por doquiera; todos se apresuran a adoptarla y a reemplazar con ella los blasones de caducos escudos nobiliarios.

HACEMOS uso y abuso de las libertades y casi no nos damos cuenta del precio a que las conquistaron nuestros mayores. Poca cosa en verdad, para el siglo presente, en que vemos cómo van rodando cetros y coronas, al golpe de ariete de la democracia; pero qué empresa titánica, en aquellos tiempos sombríos, en que al orgullo del conquistador sobre la raza vencida, se adunaban el fanatismo, los prejuicios y, más que todo, la costumbre adquirida en trescientos años de esclavitud.

TODO cuanto hagamos para honrar la memoria de los héroes de la Independencia; el mismo culto sagrado que ha venido transmitiéndose de generación en generación y que vivo se mantiene en lo más recóndito del pecho, bien poco es; pequeña, si bien noble ofrenda

para los autores de la magna gesta, de aquellos que tomaron sobre sí la ardua tarea de libertarnos del poder extraño, de nuestras mismas pasiones, de nuestros defectos ancestrales.

Y SUCRE entre todos; la figura gallarda y prócera; el teniente gentil y caballero del Libertador; aquel que en medio del combate tenía fiereza de león y en el tranquilo apartamiento del hogar lágrimas de niño. Sucre, el magnánimo; Sucre, el estadista, el estratega admirable, el filósofo catoniano, cómo se destaca en la pléyade heroica, cómo opaca con su luz de planeta de primera magnitud a los demás astros y no pierde su brillo ni ante los resplandores del sol inmenso de Bolívar.

ENTRE las quiebras del Pichincha, en lo más abrupto de la mole andina, el Genio se bañó en un mar de luz indeficiente. Sus destellos abarcaron vasto horizonte, hirieron y cegaron la pupila del tirano, y un pueblo y muchos pueblos surgieron al conjuro mágico del *fiat!* sublime de su Libertador.

CIEN años, compatriotas! Una larga centuria que la ciudad de Quito, nuestra querida capital, entonó el himno de victoria; un siglo que el canto glorioso fue repitiéndose en el eco hasta las lejanas cumbres del Potosí, que alza su enhiesta y blanca cimera al cielo; un siglo que vamos sin apoyo ni tutela, confiados a nuestro propio esfuerzo, entre entusiasmos y dudas, esperanzas y quebrantos, camino del progreso y del engrandecimiento.

GLORIFIQUEMOS la memoria de los héroes de Pichincha, en el primer Centenario de la sublime acción. Démosles ofrenda de gratitud, flor inmortal de exquisito perfume; y suba hasta los cielos la espiral del incienso que quemamos en los altares de la Patria.

SUCRE, Calderón, Córdova, Santa Cruz, espíritus gloriosos, ya despojados de la miseria terrena, desciendan del Empíreo a presidir la fiesta de su apoteosis.

L. RIVAS B.



EL MARISCAL SUCRE Y LA LIBERTAD

UN amplio criterio liberal guió los actos del Mariscal Antonio José de Sucre, del «filósofo armado» como le llamaron para definir su admirable vocación de soldado libertador y de político inmaculado, que ha tenido la glorificación de los genios. Fue la suya una vida fecunda en grandes acciones, y tuvo, sobre todo, una idea definida de libertad, llevada por la auto sugestión del genio, hasta su más completa realización; la sombra de la envidia cernióse por el vasto horizonte de su lucha, para poner inquietud en la pompa triunfal de sus laureles. . . . Fue la suya una alma sin tacha, propicia a derramar el perdón sobre las pequeñas almas atormentadas de sus enemigos y mientras empuñaba la espada de las grandes reivindicaciones, su cerebro, pensador y sereno, medía el campo hasta donde podía llegar la acción del combate, cuando la ceguera del contrario así lo exigía y desde donde podía empezar la acción de la razón y de la paz que él la buscaba siempre con sus tratados y sus proclamas conciliadoras.

Nunca se vio unidos tan indisolublemente, la fuerza prepotente del soldado y el razonado cálculo del filósofo; el argumento concluyente del vencedor y la bondad humana del magnánimo; el ensueño definido del genio y la humildad contemplativa del que posponía el rumor triunfante de la Gloria al amor inmaculado de la Patria.

Su paso por América, su obra que le ha consagrado para la vene-

ración de todas las generaciones, fue llevada a cabo en nombre de la libertad que alentaba en sus decisiones de soldado y en sus concepciones inmaculadas de político. . . . Y recorrió por eso el éxodo de los libertadores: el pendón tricolor ondeó en Pichincha y el Ecuador fue libre; y cuando resonó la clarinada del triunfo en los campos de Ayacucho, la América surgió de entre las sombras que cegando sus pupilas, la tenían esclavizada. Y cuando ya hecha la obra libertadora, regresaba al hogar, yendo como hacia la caricia de la vida, después de una fecunda etapa de lucha, recibió en Berruecos el golpe mortal de los asesinos que se ocultaban en la sombra de la selva.

Todo lo hacía sólo por ir hacia el ensueño definido de la libertad: No esperaba en las recompensas de galardones ni laureles; solo pedía, acaso en la intimidad de sus pensamientos, como «el cantor de Junín» una sonrisa de la Patria. Por su vida inmaculada, por la rectitud admirable de su criterio, por su valor indomable cual ninguna otra vez se vio en los capitanes de Bolívar, Vieuña Mackenna, lo apellidó «El Washington del Sur».

Tenía horror a las medidas sanguinarias en política, consecuente con el hondo sentimiento liberal que era el máspreciado dón en la vida de este gran héroe. Magnánimo y alto, no se registra en su vida ni un minuto de tirano: en las más difíciles situaciones, era el consolidador altamente humano; buscaba en el combate al mismo tiem-

po que el triunfo seguro el menor derramamiento de sangre. Por eso eran sus retiradas prudentes, sus tratados de paz y la táctica ordenada de sus combates, cuando así lo exigía la situación de la Patria, cuando la paz era imposible sin una lucha previa, sin un irremediable prólogo de sangre. Tenía una previsión extraordinaria y una fuerza potente que siempre le llevaba al triunfo y surgía en su empeño eterno de republicanism, con fulgores vivos, la luminosidad de su alma, que no pudieron apagar las intrigas de la baja política ni el interés menguado de los tiranos.

Para mí, Sucre, es uno de los precursores del liberalismo porque ha sido uno de los Apóstoles de la Libertad. Todas sus obras están diciendo, con la elocuencia viva de los hechos, que en su alma luminosa había nacido el ensueño de la libertad, con el valor definido de una obsesión y con el prestigio de un culto.

Un espíritu conservador que guardaba «por herencia» o «por ignorancia» pero que «conservaba» en definitiva la sujeción a la Corona de Castilla fue requerido por la lucha razonada de los patriotas de 1809 para una reacción en favor de las causas libertarias y más tarde, ya lanzada la primera protesta, ya formulada la primera norma de vida independiente, Sucre llevó la fuerza que hace salir avante la idea, desde Yaguachi hasta Pichincha, lugar en donde una batalla definitiva decidió la suerte de los que ahora somos libres.

Era tener un criterio liberal ayudar y terminar la causa de los libres; los espíritus conservadores, guardan, respetan, no son capaces de romper la cadena que les sujeta a la columna de la esclavitud; no protestan contra el grillo que les impide moverse, contra la morda-

za que les priva de hablar. Sucre protestó contra la esclavitud de América, la tierra joven que visionó Colón para el cetro de Castilla; protestó contra el grillo y la mordaza y pensó que sería mejor libre, única, independiente. Y la hizo libre y la hizo única. Los tiranos no pueden ser liberales. Y el Mariscal Sucre «no tuvo en su vida ni un minuto de tirano». Era más bien el perdonador incondicional y el magnánimo convencido: a los que atentaban contra su vida les perdonaba y les apoyaba para que, moderado su extravío, orientadas sus inclinaciones, fueran buenos los que ayer no lo fueron.... ¿No era aquello ser liberal?

Cuando se le ofrecía la Presidencia *vitalicia* de Bolivia Sucre no quiso aceptarla sino por *dos años*; se trasluce claramente el concepto elevado de republicanism que guiaba sus actos políticos y se manifiesta que como terminador de la opresión no aceptaba el poder vitalicio que en una época de franca libertad era una retrogradación al tiempo del reinado donde eran los poderes ilimitados y semidivinos, encuadrados en un absolutismo completo.

No quería *conservar* el poder en un tiempo *vitalicio*; quería el poder que no es ilimitado y que dura poco tiempo dando lugar a otros sucesores elegidos por los comicios públicos, en una franca democracia.... El Mariscal Sucre, era probadamente, un liberal de principios inmaculados y verdaderos, basados en la íntima convicción y llevados bajo el velo encubridor de la modestia, sin la algazara vacía de los que basan su discursaina en palabras, palabras y palabras.

Sucre aseguraba la *libertad* de las vidas de los vencidos; la *libertad* de servir en las filas de los patriotas a los que venían de los ejér-

bitos contrarios. Mas, su libertad tenía límite, estaba ajustada al razonado fin de las cosas: no era su libertad incondicional e ilimitada porque hubiera sido, en ese caso, anarquía. . . . El mismo, cuando estaba sirviendo a órdenes del Libertador, que fue para él una de las más grandes afecciones de su vida y al que «no sabía si quería mas que a su padre» era sumiso y obediente hasta el límite humano que esa sumisión y esa obediencia eran posibles. . .

Al establecer, «canje de prisioneros» el Mariscal Sucre quería dar la *libertad* del derecho que cada una de las partes tenía de reclamar sus prisioneros; al proponer capitulaciones quería tantear la *libertad* que tenía el contrario de aceptar o no las treguas del combate.

En el alma admirable del Mariscal Sucre, tenía pues, primacía, una idea definida de libertad que le

llevó hacia sus más grandes glorias que surgieron para la redención americana.

Siempre he pensado en Sucre «libertador» y en Sucre «liberal»: libertador, derrotando a la invasión de los españoles en las faldas del Pichincha y en los legendarios campos de Ayacucho, bajo la inmediata dirección del genio de Bolívar; «liberal» dejando obrar, aun a trueque del sacrificio, a los enemigos apostados en la selva de Berruecos, sin aceptar la ayuda de los que para defender su vida se ofrecían «porque esa era una cuestión personal que en nada comprometía a la Patria» hasta caer besando el polvo que el mismo había libertado.

Augusto Arias R.

Ayudante de la Biblioteca Municipal.

Mayo de 1922.

EL RETRATO DE SUCRE

ERASE el General de mediana estatura, aunque más alto que pequeño; delgado, sin ser enjuto de carnes; la cabeza simétrica y sin prominencias; la frente vasta, en especial hacia los lados, por donde formaba grandes entradas en los cabellos negros, recios y ensortijados; la piel morena, menos en las partes habitualmente cubiertas por el sombrero, de lo cual se desprende que le empretecieron los rigores de la intemperie; las cejas delga-

das y perfectas: los ojos castaños, expresivos y dulces, excepto en el fervor de la batalla en que se encendían y relampagueaban; la nariz larga, combada, no fea; la boca regular; los labios finos, pero salientes, sin duda por la costumbre de la rasura, a la que sometía también la redondeada barba y las tersas mejillas, sombreadas apenas por una estrecha y corta patilla. El entrecejo, ligeramente marcado, rara vez se acentuaba, para mostrar el rostro ceñudo. Sonreíase con al-



El Mariscal Antonio José de Sucre.

(Copia de un cuadro al óleo, que se considera de la época).

guna frecuencia, pues era hombre vivo e insinuante, y descubría los dientes blancos e iguales. No reía sino difícil y momentáneamente: nunca fue propenso a las ruidosas demostraciones de la alegría, del pesar o de la cólera. Mesurado, amable, reflexivo, la discusión con los compañeros, la conversación con los amigos, las órdenes a los subalternos salían de sus labios en suave sonido, como la tranquila expresión de una inteligencia cultivada, de un criterio recto, de un corazón benévolo, en una palabra, de una alma superior. Dócil, subordinado, desprendido, no arriesgó jamás, como subalterno, el feliz éxito de una batalla, empujado por las rivalidades, celos o caprichos, que movían frecuentemente a algunos oficiales voluntariosos, tercos y soberbios. Previsor, prudente, sereno en el peligro; humanitario, generoso en la victoria, no prodigó nunca, como jefe, la sangre de los patriotas, ni de los realistas, ni precipitó acontecimientos, ni guerreó por el lustre de su nombre, sino siempre para provecho de la República y por amor a la libertad. Filósofo armado, más bien que militar, miraba la sangre-sudor rojo de las magnas ideas y ¡ay! de los mezquinos intereses,—con la pena de quien prefiere al bárbaro degüello los combates de la razón en los pacíficos campos de la tribuna y de la imprenta. Baralt, se admira de que Sucre hubiese tenido enemigos; a mí no me sorprende: los resplandores del mérito hieren los suspicaces ojos de la envidia y despiertan las malas pasiones de quienes no pueden brillar sino en el caos.

La envidia . . . reflejo tenebroso de las virtudes, mar tóxico que pre-

tende tragar al mérito, pero que lo lleva en su superficie y lo hace flotar más visible; la envidia . . . cuervo que atraen los olores de lo que se perfecciona y no los hedores de lo que se corrompe; la envidia, digo, le hirió, picoteó en sus cualidades, pero no penetró jamás en su corazón para roerle, ni en su espíritu para envilecerle. Amó a sus compañeros como a coadyutores de la empresa, aun cuando algunos de ellos le odiaron como reprehensión viva de sus defectos. De familia noble y rica, amaba la independencia como madre de nobleza y de prosperidad, no como causa del desbarato, del envilecimiento, de la plenitud del mal en el vacío del orden. Las cualidades de Sucre prepararon el crimen que nos le arrebató: la rectitud del alma no le permitió encorvarse para ver la perfidia que rebullía a sus pies. Si el plomo al destrozarle la cabeza no le hubiese muerto en el acto, habría perecido seguramente poco después dilacerado el corazón por la ingratitud y la felonía. Al caer no mordió la arena de la lid; acaso besó la tierra que le fue tan querida.

Poseyó una sola ambición: la de la virtud.

Tenía no sé qué de atrayente y que al propio tiempo inspiraba respeto, en la fisonomía, en las maneras en las miradas, en las palabras: era uno de esos hombres que en las cualidades del cuerpo y del alma llevan el diploma de una gran destinación providencial. Si hubiese nacido en Europa, acaso habría sido rey; como nació en América. . . le asesinaron.

Carlos R. Tobar.



Antes de la Batalla de Pichincha

Documentos Oficiales, inéditos, del Gobierno español en Quito, dirigidos al Cabildo, precedentes a la Batalla de Pichincha.

Oficio del Comandante Militar de Quito, D. Damián de Alba a los Alcaldes de la Ciudad, ordenándoles impidan a los quiteños que vayan a engrasar las filas patriotas de Guayaquil.

COMANDANCIA MILITAR

«Tengo noticia positiva de que muchos adictos a la Insurrección han desaparecido de esta Ciudad, y han seguido á la de Guayaquil por el camino de Santo Domingo de los Colorados, en el que no me es posible destacar una partida para la aprension de ellos, y siendo a UU. mas proporcionado dar las estrechas ordenes a los Tenientes, Gobernadores y Alcaldes de estos pueblos, espero de su zelo y actividad así lo sacrifiquen, como también prevenir en caso de avistarse algunos enemigos que se quieran internar a sorprender esta Capital, sirviendose UU. acusarme recibo de este para mi Gobierno.

Dios gue. á UU. m^s. a.—Quito Julio 23 de 1821. — *Damián de Alba.*

Sres. Alcaldes Consti^s. de esta Ciudad.

Oficio del Capitán General, Melchor Aymerich al Ayuntamiento de Quito, avisando el desastre de la batalla dada en Yaguachi y que se ha retirado para asegurar el triunfo de las armas del Rey.

«En el presente correo ha dirigido al Sor. Jefe Politico a este Ayuntamiento el oficio del tenor siguiente:

«Comandancia General—Tercera «division.—Muy Ylustre Ayuntamiento—A consecuencia de la pequeña perdida que sufrió el Batallón ligero de la Constitución sobre «Yaguachi por la asperesa del terreno y posesion del enemigo (*) «que la atacó antes de reunirse con «el resto de la division de Babahoyo; determiné suspender mis operaciones (apesar de que llegué «hasta las inmediaciones del Milagro), y emprender una retirada a «este punto, tanto para reorganizar «la fuerza de dicho Batallón, como «para mantener en tranquilidad estas Provincias, y esperar el resultado del movimiento del enemigo sobre Pasto. Todo lo que comunico a V. Señoría Muy Ylustrisima para su conocimiento y lo

(*) Sucre fué el vencedor en la «Boa de las Montañas de Yaguachi, (el Cone) el 19 de Agosto de 1821'.

«haga trascendental a quienes correspondan para que queden inteligenciados de que mi retirada la he hecho para asegurar el triunfo de las Armas del Rey y de la Nación y no sean sorprendidos los animos de los fieles vecinos en las especies seductoras que falsamente esparcen los perturbadores del orden.—Dios guarde á V. Señoría Muy Ylustre muchos años. — Guaranda a 31 de Agosto de 1821. — (f.) *Melchor Aymerich*».

Muy Ylustre Ayuntamiento Constitucional de la Ciudad de Quito.

—
*Decreto
dado por el Ayuntamiento.*

«Sala Capitular del Ayuntamiento Constitucional de Quito y Septiembre 5 de 1821.

«Circúlese copias certificadas del oficio del Sor. Jefe Político a las Corporaciones de esta Capital para su inteligencia y que cooperen por su parte a la conservación del buen orden y tranquilidad común, y contestese.—Hay cinco rúbricas de los Sres. del Muy Ylustre Ayuntamiento.—Carlos de Salazar Prosecretario.

Lo que comunico al P. M. R. para su inteligencia, según lo prevenido en el mismo oficio.

Dios gue. ál P. M. R. ms. as.

Sala Capitular Constitucional de Quito y Stbre. 6 de 1821”.

Al M. R. P. Mtro. Provincial del Real y Militar Orden de Mercedes.

—
*Oficio del Capitan General D.
Melchor Aymerich al I. Ayuntamiento, en el que previene*

aprehender a los autores que vierten o trasmiten noticias falsas respecto del adelanta de la Revolucion de los Insurgentes (o Patriotas) de Quito

«Capitania General.

«Tengo entendido que en esa Ciudad diariamente se trasmiten especies falsas y seductivas por hombres perversos y de mala intención, y no debiendo por medio alguno permitir semejante conducta, prevengo a V. S. bajo la mas estrecha responsabilidad, se encarguen de aprehender a los autores que vierten este veneno, los mismos que despues de seguida la correspondiente sumaria, me los remitiran para que sufran el castigo de que son acreedores.

Yo descanso en el zelo con que desempeñaran UU. este cargo, acreditando en su zelo cumplimiento el interés que como verdaderos Padres de la Patria, debe animarles en la conservación del bien público a que contribuirá el Sor. Comandante Militar de esa plaza, auxiliando a UU. y practicando por su parte las diligencias mas rigurosas para llenar esta orden, cuya entidad reitero a UU. en el concepto de que me responderán a cualquier cargo que produzca un descuido.

La inmediacion a esa Ciudad de los puntos en que me halla les facilita a UU. la proporción de darme puntuales avisos de las ocurrencias interesantes para dictar oportunamente el remedio que corresponda.

Dios gue. a UU. ms. as. Cuartel General de Riobamba, 4 de Junio de 1821.

Melchor Aymerich.

Sres. del Muy Y. Ayuntamiento de Quito.

Oficio del Capitán General Melchor Aymerich al Cabildo, en el que comunica desde Riobamba, que sale con las tropas a Guayaquil, para debelar la revolución patriota cuyo Jefe Militar es el General Sucre.

COMANDANCIA GENERAL.—3ª
DIVISION

«Determinada ya la marcha sobre los *incidiosos* de Guayaquil el día 18 del corriente mes, deberé hallarme en Babahoyo, desde donde empieza seguramente mis operaciones, si antes no logro la sa-

tisfacción de encontrarles al paso: este aviso, y que oportunamente hago V. S. M. Y. tiene dos objetos; el primero, su conocimiento en el caso de la tranquilidad general de que trato; y, el segundo, prevenirle con mi insinuación sus deberes en respecto de la operación que va a tocar los resortes de pública confianza UU. M. Y. deposito como representante de la palabra de ese pueblo.

Dios gue. a Us. muchos años.
Quartel general en Riobamba, 6 de Agosto de 1821.—*Melchor Aymerich*.—Al M. Y. Cabildo Const. de Quito.

PROCLAMA

A los habitantes del Departamento de Quito

Quiteños:

Q*U***E** ajustar el armisticio de Noviembre pensamos un momento que la razón obtuviese por sí algún triunfo de los españoles, sin que la muerte arrancara de sus manos el único pueblo que aún oprimen en Colombia. Pero preparativos hostiles, vejámenes y violencias sucedieron a sus promesas liberales, juzgando que el establecimiento de ese código simulado de ignominia para los americanos, de inmoralidad y de horror, lisonjeara vuestros deseos y favoreciese sus maquinaciones. La transgresión de aquel tra-

tado, la dignidad de la República y los gritos de vuestros pueblos nos llaman a las armas. Volamos ansiosos a satisfacer vuestros votos y cumplir nuestros deberes.

Quiteños! El Dios de los destinos y de la justicia, ultrajado en sus altares, en sus ministros y en sus más sagrados institutos, nos envía a vengar la Religión ofendida. La profanación del santuario y la desolación de ese bello país, han irritado al cielo, que identificando su causa con la causa de la libertad, manda en defensa de sus derechos la espada de **Bolívar** y los bravos de **Carabobo**.

Quiteños! No es solo la independencia de vuestra patria el objeto del Ejército Libertador: es ya la conservación de vuestras propiedades, de vuestras vidas, la fe de nuestros padres, el honor de la Nación, que lo conducen a la victoria. Los sacrílegos y los tiranos expiarán sus crímenes, y el humo de nuestra sangre será el sacrificio que os presentemos por vuestra dicha.

Cuartel general en Guayaquil, a 20 de Enero de 1822.

A. J. de SUCRE.



LA BATALLA DE PICHINCHA

ABDON CALDERON

ERA la noche del 23 de Mayo de 1822.

Al suave resplandor de una hermosa luna que brillaba en un cielo profundamente azul y tachonado de innúmeras estrellas, se veía desfilas sigilosamente un grupo considerable de hombres armados, con dirección al Pichincha, monte a cuyas faldas se levanta la ciudad de Quito, capital de la República.

El silencio era solemne; casi no se oían las pisadas de aquellos hombres, y ni una luz, ni siquiera el menor rastro de claridad artificial iluminaba su camino.

Difícil era éste y por demás accidentado. Los nocturnos expedicionarios tan pronto rompían entre malezas como caminaban por valles profundos, hundiendo sus pies en hondos barrizales, resbalando entre pedruzcos, esguazando torrentes hinchados por las lluvias de los días anteriores.

Sus movimientos eran cautelosos y ordenados; diríase que era un solo hombre que marchaba entre el silencio de la noche.

La caminata duró algunas horas: al amanecer del día 24 hallábanse ya a respetable altura sobre el volcán que era el objeto de su jornada.

Bien pronto los primeros rayos del sol vinieron a llenar de viva claridad los horizontes inmensos, y a la distancia, haciendo coro al

himno matinal de la naturaleza, resonaron las alegres dianas de un ejército en espera.

El panorama era magnífico y causaba asombro a los que por primera vez habían puesto la planta en ese lugar que bien pronto iba a recibir un baño de sangre y hacerse famoso con una de las más célebres batallas de la libertad americana.

Porque esa gran porción de hombres armados era el ejército que el General Sucre conducía desde las ardientes selvas de la costa, para decidir en un combate la suerte de la que es hoy República del Ecuador. Se componía de tres mil soldados, curtidos al vivac de los campamentos y al fuego de las batallas; veteranos que, en la magna Epopeya de la Independencia, se habían cubierto de gloria, ya en las llanuras del Apure, ya en los campos inolvidables de Carabobo y Boyacá, o en las jornadas históricas de Maipú y Chacabuco: venían de todas partes, del Norte, del Sur, del Meridión, como a una cita gloriosa en defensa de la más grande e inmortal de las causas.

Arriba, el cráter del volcán cubierto de eterna nieve; abajo, la ciudad que despertaba sonriente y bañada en luz, con sus majestuosas cúpulas, sus altos campanarios y sus techados rojos; más allá, la verdura de los campos de esta privilegiada tierra extendiéndose sin



El Capitán Abdón Calderón.

fin, cruzados de arroyos espumosos, de ríos como de plata, sembrados de granjas y atalayados por colinas de gracia escultural; en el confín lejano, las blancas cimas de los gigantes de la cordillera andina, y cubriéndolo todo, un cielo encendido en matices rojos, por el cual iba ascendiendo lentamente con pompa y majestad imponderables el sol ecuatorial.

Algo menor que el ejército de Sucre, en el cual habían jefes como el General Mires, el Coronel Morales, el Coronel José María Córdova y el Coronel Santa Cruz, jefe de los auxiliares peruanos, era el ejército realista que comandaban el Presidente Aymerich y el Coronel López, traidor a la Patria en la plaza de Babahoyo.

Al mirar este ejército que los patriotas coronaban las altas faldas del Pichincha, a una altura de 4.600 metros sobre el nivel del mar, se movieron de sus posiciones para desalojarlos, y comenzó la batalla.

Rompiéronse los fuegos a las nueve y media de la mañana entre el grueso del ejército de Aymerich y las tropas que mandaba el Coronel Córdova, compuestas de dos compañías del *Magdalena*, los cazadores del *Paya* y batallón peruano *Trujillo*.

Media hora duró este primer encuentro, hasta que consumidas sus municiones, se ven los soldados de la Independencia obligados a retirarse, lo que hacen poco a poco, dando frente al enemigo.

Municionados ya de nuevo, vuelven a la pelea, reforzados por dos compañías del *Yaguachi* al mando del Jefe de Estado Mayor Coronel Morales y lo restante de la infantería a órdenes del General Mires.

Nuevamente consumidas las municiones, se ven otra vez los patriotas en el caso de replegarse, y los realistas se arrojan sobre ellos,

creyéndoles ya vencidos. Tres compañías del batallón *Aragón* se desprenden para flanquear la izquierda de Sucre, y a su encuentro salen otras tres del *Albión*, cuerpo formado por aquellos bravos ingleses que vinieron a derramar su sangre en la conquista de la libertad americana.

Dase, entonces, orden de cargar a la bayoneta, y comienza lo más horroroso del combate.

«El choque fué horrendo, dice un autor; en honor de la verdad, el heroísmo español nos asombraba: jadeantes, los soldados, sin respiración por la subida casi perpendicular, se venían en pelotones sobre nosotros, como un aluvión invertido, como un alud que ascendiese. Recibíamoslos a machetazos, a culatazos, a empujones. Aquello era algo así cual una miniatura del combate de los titanes contra el cielo: ni siquiera nos faltaban los peñascos para lanzarlos sobre el adversario; los caballos que morían se precipitaban por el declivio aplastando a los que trepaban. ¡Qué infierno! Era necesario atender al enemigo y prestar atención al suelo: el que caía rodaba hasta los pies de los contrarios que subían, e iba a ser degollado o tomado prisionero, o a despedazarse en horribidos precipicios. Los heridos se hacían de nuestras piernas o de los matorrales, arrastrándose por el estrecho campo, para no ser destrozados por las plantas de los combatientes o los cascos de los bridones».

«Córdova recibió orden de dar el golpe de gracia: cesamos la defensiva, y como si toruase a la actividad ese mismo volcán sobre cuyas erupciones petrificadas combatíamos, cual quemante irresistible lava borbollando del cráter de las pasiones humanas, más terribles que el del volcán, la ola ardiente

de hombres enfurecidos, con las bayonetas chorreando sangre, gritando, tronando, haciendo retremblar el monte, se precipitó sobre las mejores tropas de Aymerich, cuyo hijo murió uno de los primeros.» (*)

La carga fue irresistible: temblaba el monte al choque de los enfurecidos lidiadores. Entre el humo de los disparos y el fragor de la contienda, veíase rodar por las grietas y matorrales, hombres y caballos, heridos y muertos, en horrosa confusión. Los gritos, los alaridos, las blasfemias llenaban el espacio al igual que el tronido de la fusilería; las bayonetas chorreaban sangre, y de sangre hasta el pomo estaban bañadas las espadas; ardía la ira en los corazones y los ánimos estaban inflamados de soberbia, de desesperado heroísmo.

Al fin los españoles cedieron el campo, precipitándose abajo, por entre quiebras y riscos, y «a las doce del día, en que se ostenta más espléndido el que fue dios de Calicuchima y Quisquis, los soldados de la libertad haciendo, no correr sino rodar a los vencidos y obligándolos a refugiarse en el fortín del Panecillo, dieron el grito de victoria.» (**)

Los habitantes de la ciudad de Quito contemplaban la batalla desde altos collados, de las torres de las iglesias, de las azoteas, galerías, ventanas y techados de las casas, siguiendo anhelosos e impacientes las peripecias de la lucha, palpitando los corazones de esos cuarenta mil habitantes al esfuerzo de las más encontradas emociones: terror, desesperanza, alegría, victoria!

«Hasta ancianos y adultos de am-

(*) TOBAR. Relación de un veterano de la Independencia. Tomo II.

(**) CEVALLOS. Resumen de la Historia del Ecuador. Tomo III.

bos sexos,—dice otro autor,—habían subido gozosos las crestas encumbradas, cual llevando un plato de comido o una canasta de biscochos, cual un poco de pólvora, cual una bayoneta, alguna cosa, en fin, con que manifestar su gratitud a los soldados de la patria. Los vivas a la libertad y al vencedor tuvieron aturdida la ciudad toda la noche del 24.» (***)

Entre los soldados de la Independencia había un jovencito casi imberbe, que desde tiempos atrás se distinguiera por su bravura en los combates y su serenidad ante el peligro.

Llamábase el tal ABDÓN CALDERÓN, había nacido en la ciudad de Cuenca, y pertenecía a una familia muy respetable de Guayaquil.

Años atrás al padre de ese joven le había inhumanamente fusilado el tirano Sámano, que llegó á ser Virrey de Nueva Granada, así mismo por ferviente amigo y favorecedor de la Independencia. ABDÓN, tenía, pues, en sus venas sangre de héroes y de mártires, y en su alma la filial obligación de vengar, batiéndose en los campos de la libertad, el bárbaro asesinato de su infeliz padre.

Enrolado en el ejército de Sucre, pertenecía al batallón *Yaguachi* y tenía el grado de Teniente en una de sus compañías.

Fue este soldado niño quien dio en aquella memorable jornada la prueba mayor de hasta dónde puede llegar el heroísmo cuando está alentado por el sagrado amor a la patria; y por eso, en esta acción, se destaca su figura entre la de tantos guerreros beneméritos, llamados Sucre, Mariscal de Ayacucho, Córdova, el héroe de cien batallas legendarias, Mires, Santa Cruz, Mo-

(***) CEVALLOS. Resumen de la Historia del Ecuador. Tomo III.

rales, los invictos del *Albion* y otros muchos que pelearon el 24 DE MAYO.

Hemos dicho que, obligada a retirarse la vanguardia, que mandaba Córdova, por falta de municiones, volvió al combate, reforzada con dos compañías del batallón *Yaguachi*. En una de esas compañías estaba Calderón.

Inflamado de valor, corre al frente de los suyos, y se precipita sobre el enemigo.

Adelante, amigos míos! ¡Avancen, muchachos!—exclama con delirio dirigiéndose a los suyos, y se entra por donde arreciaba el peligro y se cernía la muerte, con la mirada encendida y la espada desnuda en la diestra.

Silva una bala y le rompe el brazo derecho.

Pasa Calderón la espada a la izquierda, y continúa la lucha al grito de—¡Viva la Patria!

Silva otra bala y le rompe el brazo izquierdo.

—¡Viva la República!—grita el heroico adolescente, y siempre en pie, siempre sereno, anima a los suyos, y corre adelante con la espada en los dientes.

¡Avancen! ¡A ellos!

Silva otra bala y le atraviesa el muslo.

Vacila el niño, pero no cae.

¡Patria! ¡Patria! Libertad! ¡Libertad! Y adelante!—grita como puede, dejando caer la ya inútil espada.

Viene una bala de cañón y le lleva ambas piernas.

—¡Viva la Independencia!

Y cae sobre su espada.

Y allí, en el suelo, sin brazos, sin piernas, destrozado, mínima parte de sí mismo, aún respira con el aliento de su valor gigantesco y lanza entre el hipo de la muerte el último *viva* a la República.

Y luego, como una pálida flor

que se dobla, blanco como un lirio que se marchita en un lago de sangre, entrega su grande alma.

Tenía diez y ocho años.

El batallón entero que le había atacado se arroja sobre sus despojos sangrientos, y al rededor de su cadáver, como en los cantos épicos de la *Ilíada*, se traba un reñido combate. . . .

Cuando el Libertador supo este hecho admirable dispuso que la compañía del *Yaguachi* a que pertenecía Calderón, no tuviese en adelante Capitán, y que cuando se corriese la lista y se nombrase al héroe de Pichincha, ascendido a aquel grado después de su muerte, la compañía entera contestase:

—*Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones.*

Esta fue la batalla de Pichincha que nos libró del yugo extranjero y tal el comportamiento glorioso de ABDÓN CALDERÓN.

Manuel de J. Calle.



BOLIVAR

Refunde en uno los Batallones Alto Magdalena y Paya y le da el nombre de Pichincha.

Simón Bolívar, Libertador Presidente, &, &, &

Teniendo en consideración la brillante conducta que manifestaron en la gloriosa batalla del veinticuatro de Mayo del presente año, en Pichincha, los batallones *Alto Magdalena y Paya* contribuyendo poderosamente a aquel triunfo y a la libertad de Quito, he venido en decretar lo siguiente:

1º Los batallones *Alto Magda-*

lena y Faya formarán un solo batallón, que llevará perpetuamente el glorioso nombre de BATALLON DE PICHINCHA.

Comuníquese al Jefe de E. M. General para su ejecución.—Dado, firmado de mi mano y refrendado por mi Secretario General en el Cuartel General de las Bodegas de Babahoyo, a nueve de Julio de mil ochocientos veintidós.—12º—SIMON BOLIVAR.—*José Gabriel Pérez*. Secretario General.

Oficio del General Sucre al Cabildo,

reprobando que se haya puesto a los prisioneros en uno de los Colegios, por cuanto éstos merecen consideración.

República de Colombia.—Quito, a 2 de Agosto de 1822.—12

ANTONIO SUCRE

General de División, Yntendente del Departamento de Quito. & &

Al M. Yltre. Ayuntamiento de la Capital.

Está en mis manos la Copia Certificada que V. S. M. Y. me acompaña a su oficio de hoy, de la manifestación hecha por el Administrador de Correos sobre la traslación de los prisioneros que están en esa Casa; y he visto con sorpresa que esa Yltre. Corporación apoye que sea habitación uno de los Colegios, cuando estos edificios destinados a la educación pública merecen el más alto respeto de las Ciudades, y la consideración del Gobierno, que ha negado este alojamiento a cuantos lo han solicitado.

Aunque este negocio no es de la

incunvencia de U. S. M. Y., si desea prestar este servicio a la Administración puede arvitrar otra Casa cómoda para deposito de los Prisioneros.

Dios gue a V. S. M. Y. ms. años.

(f.) A. J. DE SUCRE.

El General Sucre

invita a los Ministros del Tesoro Público para que concurran a solemnizar, en la Catedral, con *Te Deum*, el 13º aniversario del 10 de Agosto de 1809.

República de Colombia.—Quito a 9 de Agto. de 1822.—12º

ANTONIO SUCRE,

General de División, Yntendente del Departamento de Quito. & &

Como nada hay mas justo ni conforme a las obligaciones de un Pueblo Cristiano, que tributar al Dios de los Exércitos los testimonios de su gratitud por los bienes que recibe de su mano poderosa, el Gobierno que recuerda con un placer inmenso el día de mañana el singular beneficio con que distinguió á Quito, levantando la primera el grito sagrado de Libertad el 10 de Agosto de 1809, ha dispuesto cumplir con un deber tan grato, celebrando en la Yglesia Catedral a las nueve de la mañana una Misa solemne con *Te Deum*, a cuya asistencia espera se prestarán UU., en memoria de aquel ilustre acontecimiento.

Dios gue. á UU. ms. años.

(f.) A. J. DE SUCRE.

SS. Ministros del Tesoro Publico.

El General Sucre

dirige un oficio al Cabildo incitando para que se celebre, con la mayor solemnidad, el natalicio del Libertador Simón Bolívar.

República de Colombia.—Yntendencia del Departamento de Quito.—Quito á 24 de Octubre de 1822.
129

Al M. Y. Cabildo de la Capital.

La gratitud que es el primer sentimiento que la naturaleza inspira al hombre, nos impone el dulce deber de manifestar al Sér Supremo la que le debemos por los beneficios con que nos colmó en el nacimiento del Libertador de Colombia, cuyo santo celebra la Yglesia el Lunes 28 del corriente. En obsequio de éste dia feliz para la República que nos trahe á la memoria mas vivamente los servicios inmortales, y los heroicos triunfos con que el ilustre SIMON BOLIVAR ha logrado por fruto de una constancia sin ejemplo, y de las virtudes de que nació dotado, fundar una Nacion que se muestra grande y respetable desde su establecimiento, y con el objeto de llevar una obligacion tan grata á nuestros corazones, se ha dispuesto celebrar ese dia en la Santa Yglesia Catedral una Misa solemne con *Te Deum* á la que V. S. M. Y. se servirá concurrir acompañando el Retrato del Libertador desde la Casa de Cabildo en cuyo Balcon estará colocado desde la vispera bajo su solio, hasta la Catedral en donde se pondrá del mismo modo, yá que no puede asistir en persona.

La Municipalidad que representa al Pueblo de Quito, por cuya Yntendencia ha hecho el Libertador tan importantes sacrificios, tiene un grande interés en que las

manifestaciones que se hagan sean lo mas solemnes, y decentes que se puedan. y por tanto dispondrá que sea iluminada su Galería aquella noche, y la anterior, y en fin ella verá de cuanta demostracion de jubilo es capás para animár el entusiasmo del Pueblo en la festividad del dia en que los Colombianos deben particularmente significar su agradecimiento á los servicios del Libertador de la República.

Dios gue. a V. S. M. Y. M. A.

(f) A. J. de SUCRE.

Circular

del Sr. Coronel de Milicias D. Vicente Aguirre, avisando que acepta el cargo de Intendente del Departamento de Quito, durante la ausencia del Gral. Sucre.

Vicente Aguirre, Coronel de Milicias, é Yntendente. interino del Depto. de Quito &a.

El Señor Secretario Gral. de S. E. el Libertador me dice con fha. 8 del corrt. lo que sigue=S. e. el Libertador, Presidente se ha servido nombrar a US. Yntendente interino de este Departamento durante la ausencia del Señor Gral. de Division, Antonio José de Sucre=Lo participo a US. para su inteligencia=Dios gue. á US.=José Gabriel Perez=Al Señor Coronel de Milicias Vicente Aguirre=Al anunciar á los pueblos de Quito el alto honor á que me eleva esta confianza, yo siento tanto mas la dificultad de desempeñarla, cuanto conosco el gran vacío que ha dejado en el mando del Departamento el Gefe que tan dignamente ha ocupado este puesto; pero sí podré asegurarles que si en la nueva ad-

ministración tal vez no encuentran aquella superioridad de luces, capacidad y talento con que el ilustre vencedor en Pichincha despues de haber dado con la Espada, libertad al Sur, supo guiar con tanto acierto la marcha de los negocios políticos en las circunstancias, mas difíciles para su organizacion, á lo menos hallarán igual rectitud de intenciones, los mismos deseos de hacer bien, y el mismo anelo por que la Patria quede exactamente servida, sacrificando á su interés todas las consideraciones particulares=No será tampoco el menor estímulo que me anime a llenar los altos deberes en que me veo constituido, la presencia del Libertador de Colombia que por si misma sa-

ve inspirar en los ánimos aquel espíritu de desprendimiento, actividad y energía de que el mismo es un exemplo singular, y el don de aquellas virtudes sublimes cuya practica hace la felicidad, y el asombro de la Nacion que ha formado. Reunamos pues nuestros esfuerzos, y no dudemos conservar a la República, á despecho de sus enemigos, la gloria, el esplendor y la integridad que ha recibido de su inmortal fundador=Publiquese, fíxese y circulese.—Quito a diez de Noviembre de mil ochocientos veinte y dos=duodecimo=Vicente Aguirre=El Secretario de la Yntendencia=Eusebio Borrero=.—Es copia.—Borrero.

PAGINA DE ORO

El Vencedor en Pichincha pide al Cabildo juzgue y determine los malos actos por defectos de su mando.

Túquerres, Diciembre 1º de 1822.
—12º

Al M. Y. Cavildo de Quito.

He sido informado que el Cavildo de esa Capl. o alguno de sus miembros han tratado de dirigir un reclamo al Exmo. Señor Livertador Precidente contra mi Admon. en la Yntendencia, o contra algunos actos de ella; y que han sido detenidos pr. miramientos particulares.

Como yo sea un Ciudadno. tan amante

de Quito como cualquiera de los que bieron en él la Luz, soy el primero en pedir ala Municipalidad, que desechando concideraciones ajenas de un dever y que en nada tienden al bien publico, manifiestan a S.E. los males causados al Paiz pr. defecto de mi mando.

Constituido ala Cabeza de un Pueblo pa. organizarlo vajo un Sistema naciente en él, y sin conocimientos de Gobierno, creo haber podido cometer errores involuntarios: nunca he penzado lisongear-

me de que mi Admon. careciere de faltas, ni que haya sido la que absolutamente necesitaba el Departamento pa. fixar su dicha; ni el tiempo ni las circunstancias, ni nuestra citación huvieran quizas dado este orgullo, á ningun Magistrado colocado en mi lugar; pero prescindiendo de esto, y de que puedo si asegurar que mi intencion há sido lo mas recta y sana, solo quiero y debo exigir de V. S. M. Y., que, desprendiendose de respetos particulares, y unido solo a sus obligaciones en beneficio del Pueblo, reprecenten a S. E. contra los defectos de mi mando; pr. qe. amigo de la Patria mas qe. de mi mismo, me será complaciente ser

conducido ala via de la Justicia, y observar que hay en el Departamento Ciudads. vigilantes qe. sean el escolto de la arvitrariedad, y qe. el Gobno. contenga a los Magistrados qe. se desbien delas Leyes.

Puedo tambien asegurar á V. Sa. M. Y., qe. aun quando una acusacion bien sea del Cpo. ó de algun Ciudadno. resulte del todo falza antes de exitar ningun resentimiento de mi parte, solo merecerá mi aplauso en quanto lo contemple por un zelo en bien del Paiz, qe. es spre. mi primer objeto.

Dios gue. a V. Sa. M. Y. ms. as.

(f.) A. J. DE SULRE.

Sucre y el pueblo más querido de su corazón

Ejército de Colombia auxiliar en el Perú

Cuartel General en Huarás, a 24 de Mayo de 1824.—149

A la M. I. Municipalidad de Quito.

Al marchar hoy para empezar las operaciones de la campaña del Perú, me permito tener con V. S. M. I. el agradable recuerdo en que Quito aseguró su libertad, y los principios de que dió exemplo a Colombia en la carrera de la Independencia.

El 24 de Mayo será siempre célebre para mí; más por haber visto rotos los lazos de opresion con que era Quito arrastrado al carro ignominioso de la España, que por el triunfo que obtuvieron las armas bajo mi dirección en las faldas del Pichincha.

Consagrado desde entonces casi esclusivamente a servir a Quito, me es complaciente ofrecerle en este día por medio de VS. MI. un nuevo tributo de consideración y de amor patrio, cuando alejada la guerra de las fronteras de la República por el Ejército que está a mi mando, puede éste ofrecer a los pueblos del Ecuador, que sus trabajos en la presente campaña tienen el objeto de libertar al Perú, y la recompensa de fixar para siempre la paz del Sur de Colombia.

Ruego que VS. MI. quiera aceptar los testimonios de respeto, y del deferente aprecio con que soy

De V. S. M. I. el más obediente servidor.

A. J. DE SUCRE.

Oficio del Gral. Sucre

desde Potosí, por el que agradece al pueblo quiteño por la felicitación de haber alcanzado el triunfo en Ayacucho.

Ejército Libertador:

Cl. Gl. en Potosí a 9 de Abril.
1825 - 15º

A la M. Y. Municipalidad de Quito.

Ciertamente que debe ser grato y satisfactorio al Ylustre y patriótico Quito, que el rayo de libertad que alumbró en la cumbre del Pichincha, haya alcanzado hasta la cima elevada del Potosí. El 24 de Mayo de 822 se rompió el obstaculo que embarazaba á las legiones Colombianas el paso del Ecuador para precipitarse desde allí al Perú arrojando á los orgullosos enemi-

gos de la America; y el 9 de Diciembre en Ayacucho se cumplieron los votos del Ejército Libertador.

Las felicitaciones que V. S. M. Y. se sirve hacerme por este fausto suceso, me son tanto mas apreciables cuanto que vienen a nombre del Pueblo mas querido de mi corazón. Dignese V. S. M. Y. mostrarle que este sentimiento de amor por los quiteños, durará en mi alma hasta los últimos días de mi vida; y que siempre recordaré con ternura y gratitud los servicios que ellos han prestado generosamente para la campaña del Perú.

V. S. M. Y. querrá aceptar mi reconocimiento por los favores y distinciones con que me honra en su nota de 24 de Enero que tengo el placer de contestar.

Dios gue. a V. S. M. Y.

(f.) ANT. J. DE SUCRE.

RESUMEN SUCINTO DE LA VIDA DEL GENERAL SUCRE

[Escrito por el Libertador Bolívar]

EL General Antonio José de Sucre nació en la ciudad de Cumaná, provincia de Venezuela, el año de 1790, de padres ricos y distinguidos.

Recibió su primera educación en la Capital, Caracas. En el año de 1802 principió sus estu-

dios de matemáticas para seguir la carrera de ingeniero. Empezada la revolución se dedicó a esta arma y mostró desde los primeros momentos una aplicación y una inteligencia que lo hicieron sobresalir entre sus compañeros. Muy pronto empezó la guerra, y desde luego el General



El General Don José María Córdova.

Sucre salió a campaña. Sirvió a las órdenes del General Miranda con distinción, en los años 11 y 12. Cuando los Generales Mariño, Píar, Bermúdez y Valdez emprendieron la reconquista de su patria, en el año de 13, por la parte oriental, el joven Sucre les acompañó a una empresa la más atrevida y temeraria. Apenas un puñado de valientes, que no pasaban de ciento, intentaron y lograron la libertad de tres provincias. Sucre siempre se distinguía por su infatigable actividad, por su inteligencia y por su valor. En los célebres campos de Maturín y Cumaná se encontraba de ordinario al lado de los más audaces, rompiendo las filas enemigas, destrozando ejércitos contrarios con tres o cuatro compañías de voluntarios que componían todas nuestras fuerzas. La Grecia no ofrece prodigios mayores. Quinientos paisanos, armados por el intrépido Píar, destrozaron ocho mil españoles en tres combates en campo raso. El General Sucre era uno de los que se distinguían en medio de estos héroes. (*)

El General Sucre sirvió el E. M. G. del Ejército de Oriente desde el año de 1816 hasta el de

(*) "U. créame, General, nadie ama la gloria de U. tanto como yo. Jamás un Jefe ha tributado más gloria a un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de U. hecha por mí; cumpliendo con mi conciencia le doy a U. cuanto merece. Esto lo digo para que vea que soy justo: desapruébo mucho lo que no me parece bien, al mismo tiempo que admiro lo que es sublime".—BOLLIVAR.—Al General Sucre.—(Párrafo de carta del Libertador.—Lima, 21 de Febrero de 1825).

1817, siempre con aquel celo, talento y conocimientos que lo han distinguido tanto. El era el alma del ejército en que servía. El metodizaba todo: él lo dirigía todo, mas, con esa modestia, con esa gracia, con que hermosea cuanto ejecuta. En medio de las combustiones que necesariamente nacen de la guerra y de la revolución, el General Sucre se hallaba frecuentemente de mediador, de consejero, de guía, sin perder nunca de vista la buena causa y el buen camino. El era el azote del desorden y, sin embargo, el amigo de todos.

Su adhesión al Libertador y al Gobierno lo ponían a menudo en posiciones difíciles, cuando los partidos domésticos encendían los espíritus. El General Sucre quedaba en la tempestad semejante a una roca, combatida por las olas, clavados los ojos en la patria, y sin perder, no obstante, el aprecio y amor de los que combatían.

Después de la batalla de Boyacá, el General Sucre fue nombrado Jefe del Estado Mayor General Libertador, cuyo destino desempeñó con su asombrosa actividad. En esta capacidad, asociado al General Briceño y al Coronel Pérez, negoció el armisticio y regularización de la guerra con el General Morillo el año de 1820. Este tratado es digno del alma del General Sucre: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra: él será eterno co-

mo el nombre del vencedor de Ayacucho.

Luego fue destinado desde Bogotá a mandar la división de tropas que el Gobierno de Colombia puso a sus órdenes para auxiliar a Guayaquil que se había insurreccionado contra el Gobierno Español. Allí Sucre desplegó su genio conciliador, cortés, activo, audaz.

Dos derrotas consecutivas pusieron a Guayaquil al lado del abismo. Todo estaba perdido en aquella época: nadie esperaba salud, sino en un prodigio de la buena suerte. Pero el General Sucre se hallaba en Guayaquil, y bastaba su presencia para hacerlo todo. El pueblo deseaba librarse de la esclavitud: el General Sucre dirigió este noble deseo con acierto y con gloria. Triunfa en Yaguachi, y libra así a Guayaquil. Después un nuevo ejército se presentó en las puertas de esta misma ciudad, vencedor y fuerte. El General Sucre lo conjuró, lo rechazó sin combatir. Su política logró lo que sus armas no habrían alcanzado. La destreza del General Sucre obtuvo un armisticio del General español, que en realidad era una victoria. Gran parte de la batalla de Pichincha se debe a esta hábil negociación; porque sin ella, aquella célebre jornada no habría tenido lugar. Todo habría sucumbido entonces, no teniendo a su disposición el General Sucre medios de resistencia.

El General Sucre formó, en fin, un ejército respetable durante aquel armisticio con las tro-

pas que levantó en el país, con las que recibió del Gobierno de Colombia y con la división del General Santa Cruz que obtuvo del Protector del Perú, por resultado de su incansable perseverancia en solicitar por todas partes enemigos a los españoles poseedores de Quito.

La campaña que terminó la guerra del Sur de Colombia, fue dirigida y mandada en persona por el General Sucre; en ella mostró sus talentos y virtudes militares: superó dificultades que parecían invencibles: la naturaleza le ofrecía obstáculos, privaciones y penas durísimas. Mas á todo sabía remediar su genio fecundo. La batalla de Pichincha consumó la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor. Entonces fue nombrado, en premio de sus servicios, General de División e Intendente del Departamento de Quito. Aquellos pueblos veían en él su Libertador, su amigo; se mostraron más satisfechos del Jefe que les era destinado, que de la libertad misma que recibían de sus manos. El bien dura poco; bien pronto lo perdieron.

La pertinaz ciudad de Pasto se sublevó poco después de la capitulación que le concedió el Libertador con una generosidad sin ejemplo en la guerra. La de Ayacucho que acabamos de ver con asombro, no le era comparable. Sin embargo, este pueblo ingrato y pérfido obligó al General Sucre a marchar contra él, a la cabeza de algunos batallones y escuadrones de la guardia colom-

biana. Los abismos, los torrentes, los escarpados precipicios de Pasto fueron franqueados por los invencibles soldados de Colombia. El General Sucre los guiaba, y Pasto fue nuevamente reducido al deber. El General Sucre, bien pronto fue destinado á una doble misión, militar y diplomática cerca de este Gobierno, cuyo objeto era hallarse al lado del Presidente de la República para intervenir en la ejecución de las operaciones de las tropas colombianas auxiliares del Perú. Apenas llegó a esta capital, cuando el Gobierno del Perú le instó, repetida y fuertemente para que tomase el mando del ejército unido; él se denegó a ello siguiendo su deber y su propia moderación, hasta que la aproximación del enemigo con fuerzas muy superiores convirtió la aceptación del mando en una honrosa obligación. Todo estaba en desorden: todo iba a sucumbir sin el jefe militar que pusiese en defensa la plaza del Callao, con las fuerzas que ocupaban esta capital. El General Sucre tomó, a su pesar, el mando.

El Congreso que había sido ultrajado por el Presidente Riva-Agüero, depuso a este magistrado luego que entró en el Callao, y autorizó al General Sucre para que obrase militar y políticamente como Jefe Supremo. Las circunstancias eran terribles, urgentísimas: no había que vacilar sino obrar con decisión.

El General Sucre renunció, sin embargo, el mando que le confería el Congreso, el que siem-

pre insistía con mayor ardor en el mismo empeño, como que era él el único hombre que podía salvar la patria en aquel conflicto tan tremendo. El Callao encerraba la caja de Pandora, y al mismo tiempo era un caos. El enemigo estaba a las puertas con fuerzas dobles: la plaza no estaba preparada para un sitio: los cuerpos de ejército que la guarnecían eran de diferentes Estados; de diferentes partidos; el Congreso y el Poder Ejecutivo luchaban de mano armada; todo el mundo mandaba en aquel lugar de confusión, y al parecer el General Sucre era responsable de todo. Él, pues, tomó la resolución de defender la plaza, con tal que las autoridades supremas la evacuasen, como ya se había determinado de antemano por parte del Congreso y del Poder Ejecutivo. Aconsejó a ambos Cuerpos que se entendiesen y transigiesen sus diferencias en Trujillo, que era el lugar designado para su residencia.

El General Sucre tenía órdenes positivas de su Gobierno de sostener al del Perú, pero de abstenerse de intervenir en sus diferencias intestinas; esta fue su conducta invariable, observando religiosamente sus instrucciones. Por lo mismo, ambos partidos se quejaban de indiferencia, de indolencia, de apatía por parte del general de Colombia, que si había tomado el mando militar, había sido con suma repugnancia, y sólo por complacer a las autoridades peruanas; pero bien resuelto a no ejercer otro mando

que el estrictamente militar. Tal fue su comportamiento en medio de tan difíciles circunstancias. El Perú puede decir si la verdad dicta estas líneas.

Las operaciones del General Santa Cruz en el Alto Perú habían empezado con buen suceso y esperanzas probables. El General Sucre había recibido órdenes de embarcarse con cuatro mil hombres de las tropas aliadas, hacia aquella parte. En efecto dirige su marcha con tres mil colombianos y chilenos: desembarca en el puerto de Quilca, y toma la ciudad de Arequipa. Abre comunicaciones con el General Santa Cruz que se hallaba en el Alto Perú: a pesar de no recibir demanda alguna de dicho General de auxilios, dispone todo para obrar inmediatamente contra el enemigo común. Sus tropas habían llegado muy estropeadas, como todas las que hacen aquella navegación: los caballos y bagajes, había costado una inmensa dificultad obtenerlos: las tropas de Chile se hallaban desnudas, y debieron vestirse antes de emprender una campaña rigurosa. Sin embargo todo se efectuó en pocas semanas. Ya la división del General Sucre había recibido parte del General Santa Cruz, que la llamaba en su auxilio, y algunas horas después de la recepción de este parte estaba en marcha, cuando se recibió el triste anuncio de la disolución de la división peruana en las inmediaciones del Desaguadero. Por entonces todo cambiaba de aspecto. Era, pues, indispensable mu-

dar de plan. El General Sucre tuvo una entrevista con el General Santa Cruz en Moquegua, y allí combinaron sus ulteriores operaciones. La división que mandaba el General Sucre, vino a Pisco, y de allí pasó, por orden del Libertador, a Supe para oponerse a los planes de Riva-Agüero que obraba de concierto con los españoles.

En estas circunstancias el General Sucre instó al Libertador para que le permitiese ir a tomar el valle de Jauja con las tropas de Colombia, para oponerse allí al General Canterac que venía del Sur. Riva-Agüero había ofrecido cooperar a esta maniobra; mas su perfidia pretendía engañarnos. Su intento era dilatarla hasta que llegasen los españoles, sus auxiliares. Tan miserable treta no podía alucinar al Libertador, que la había previsto con anticipación, o más bien que la conocía por documentos interceptados de los traidores y de los enemigos.

El General Sucre dio en aquel momento brillante testimonio de su carácter generoso. Riva-Agüero lo había calumniado atrocemente: lo suponía autor de los decretos del Congreso; el agente de la ambición del Libertador, el instrumento de su ruina. No obstante esto, Sucre ruega encarrecida y ardientemente al Libertador, para que no lo emplee en la campaña contra Riva-Agüero, ni aun como simple soldado; apenas se pudo conseguir de él que siguiese como espectador, y no como jefe del ejército, unido;

su resistencia era absoluta. El decía que de ningún modo convenía la intervención de los auxiliares en aquella lucha, e infinitamente menos la suya propia, porque se le suponía enemigo personal de Riva-Agüero y competidor al mando. El Libertador cedió con infinito sentimiento, según se dijo, a los vehementes clamores del General Sucre. El tomó en persona el mando del ejército, hasta que el General La Fuente por su noble resolución de ahogar la traición de un jefe, y la guerra civil de su patria, prendió a Riva-Agüero y a sus cómplices. Entonces el General Sucre, volvió a tomar el mando del Ejército; lo acantonó en la provincia de Huailas donde se le ordenó; allí su economía desplegó todos sus recursos para mantener con comodidad y agrado las tropas de Colombia. Hasta entonces aquel departamento había producido muy poco o nada al Estado. Sin embargo el General Sucre establece el orden más estricto para la subsistencia del ejército, conciliando a la vez el sacrificio de los pueblos y disminuyendo el dolor de las exacciones militares con su inagotable bondad y con su infinita dulzura. Así fue que el pueblo y el ejército se encontraron tan bien, cuanto las circunstancias lo permitían.

Sucre tuvo orden de hacer un reconocimiento de la frontera, como lo efectuó con el esmero que acostumbra, y dictó aquellas providencias preparatorias que debían servirnos para realizar la

próxima campaña.

Cuando la traición del Callao y de Torre-Tagle llamó los enemigos a Lima, el General Sucre recibió órdenes de contrarrestar el complicado sistema de maquinaciones pérfidas que se extendió en todo el territorio contra la libertad del país, la gloria del Libertador, y el honor de los colombianos. El General Sucre combatió con suceso a todos los adversarios de la buena causa; escribió con sus manos resmas de papel para impugnar a los enemigos del Perú y de la libertad; para sostener a los buenos, para confortar a los que empezaban a desfallecer por los prestigios del error triunfante. El General Sucre escribía a sus amigos que más interés había tomado por la causa del Perú, que por una que le fuese propia o perteneciese a su familia. Jamás había desplegado un celo tan infatigable; mas sus servicios no se vieron burlados: ellos lograron retener en la causa de la patria, a muchos que la habrían abandonado sin el empeño generoso de Sucre. Este General tomó al mismo tiempo a su cargo la dirección de los preparativos que produjeron el efecto maravilloso de llevar el ejército al Valle de Jauja por encima de los Andes, helados y desiertos. El ejército recibió los auxilios necesarios debidos, sin duda, tanto a los pueblos peruanos que los prestaban, como al jefe que los había ordenado tan oportuna y discretamente.

El General Sucre después de la acción de Junín se consagró

de nuevo a la mejora y alivio del ejército. Los hospitales fueron provistos por él, y los piquetes que venían de alta al ejército, eran auxiliados por el mismo General: estos cuidados dieron al ejército dos mil hombres, que quizá habrían perecido en la miseria sin el esmero del que consagraba sus desvelos a tan piadoso servicio. Para el General Sucre todo sacrificio por la humanidad y por la patria, parece glorioso. Ninguna atención bondadosa es indigna de su corazón: él es el General del soldado.

Cuando el Libertador lo dejó encargado de conducir la campaña durante el invierno que entraba, el General Sucre desplegó todos los talentos superiores que lo han conducido a obtener la más brillante campaña de cuantas forman la gloria de los hijos del nuevo mundo. La marcha del ejército unido desde la provincia de Cotabamba hasta Guamanga, es una operación insigne, comparable quizá a lo más grande que presenta la historia militar. Nuestro ejército era inferior en mitad al enemigo, que poseía infinitas ventajas materiales sobre el nuestro. Nosotros nos veíamos forzados a desfilar sobre riscos, gargantas, ríos, cumbres, abismos siempre en presencia de un ejército enemigo, y siempre superior. Esta corta, pero terrible campaña tiene un mérito to-

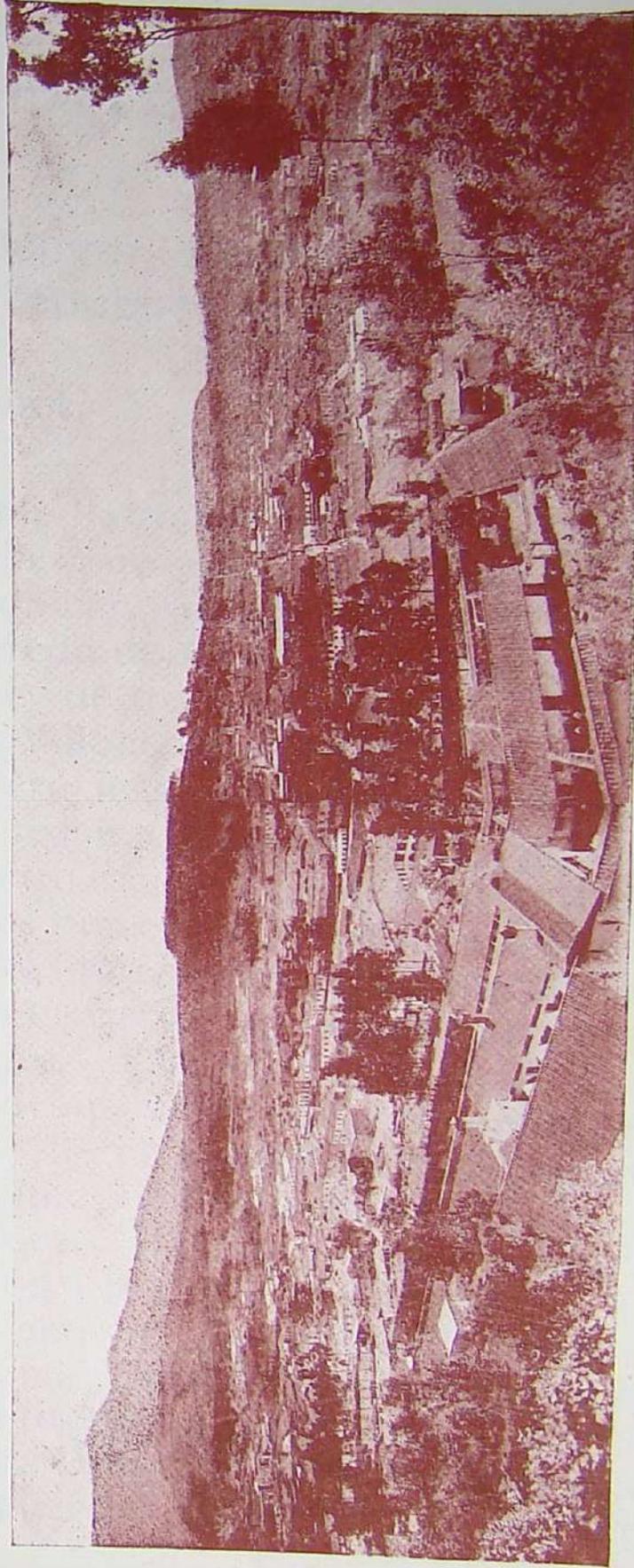
avía que no es bien conocido en su ejecución: ella merece un César que la describa.

La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana, y la obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta, y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de catorce años, y a un enemigo perfectamente constituido y hábilmente mandado. Ayacucho es la desesperación de nuestros enemigos. Ayacucho semejante a Waterloo, que decidió del destino de la Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para bendecirla y contemplarla sentada en el trono de la libertad, dictando a los americanos el ejercicio de sus derechos, y el *sagrado imperio* de la naturaleza.

El General Sucre es el padre de Ayacucho: es el redentor de los hijos del Sol: es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas. La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Cápac y contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada.

Lima 1825.





Panorama de Quito.

PROCLAMA

Simón Bolívar, Libertador presidente de la República de Colombia, etc.

Quiteños:

LA infame Pasto ha vuelto a levantar su odiosa cabeza de sedición, pero esta cabeza quedará cortada para siempre.

El ejército de Colombia no ha desaparecido del todo de vuestro hermoso país. Muchos de nuestros batallones han ido ciertamente a dar libertad al Perú, mas ¿ignoran los pérfidos pastusos, que aun quedan a Colombia en el Sur dos batallones y cuatro escuadrones de la invencible *Guardia*? Estos bravos dirigen sus pasos en este momento sobre los torrentes del Guáitara y Juanambú, que tantas veces han sido salvados por nuestros valientes. Esta vez será la última de la vida de Pasto: desaparecerá del catálogo de los pueblos si sus viles moradores no rinden sus armas a Colombia antes de disparar un tiro.

Quiteños: He visto vuestra magnánima consagración á la causa de Colombia. A pesar de vuestro antiguo y acendrado patriotismo, mi corazón se ha pasmado al contemplar tanto desprendimiento de vuestra parte. Todos habéis corrido a las armas sin la necesidad siquiera de tamaño esfuerzo. Un puñado de bárbaros son

nuestros enemigos, y para vencerlos basta tender las banderas de Colombia a su turbada vista.

Quiteños: Recibid a nombre de la patria, la gratitud que se os debe por vuestro inflamado celo por la conservación de la sacrosanta ley que ha fundado a Colombia. Vosotros habéis olvidado vuestro rango, vuestro reposo, vuestra dicha y aun vuestra vida, por volar a las armas. Vuestros próceres han dado un ejemplo inimitable. Vuestros antiguos nobles fueron los primeros a entrar en las filas. El más rico ciudadano de Colombia, anciano y enfermo, ha tomado un fusil y ha recibido la disciplina de un simple soldado: como el antiguo marqués de San José, todos habéis llenado este sublime deber.

Quiteños: Reposad tranquilos; héroes de Colombia están entre vosotros, y su valor ningún poder visible puede resistir. Yo os ofrezco por mis compañeros de armas esta próxima victoria.

Cuartel general libertador en Quito, 28 de junio de 1823, año 13^o de la independendencia.

Simón Bolívar.

ANTONIO JOSE DE SUCRE



(FRAGMENTOS)

Por Ramón Azpurúa

I

En la región oriental de la Capitanía general de Venezuela moraba don Carlos de Sucre, sujeto

distinguido y de fortuna, que en 1734 levantó a su costa, en compañía de Don Juan de Dios Valdez, los castillos de San Francisco y del Padrastró, en la antigua Gua-

yana. Aquel sujeto pertenecía a la familia SUCRE, familia que ya para principios del siglo XVIII hacía figura notable en Venezuela.

Medio siglo después existió allí en Oriente otro miembro de esa prosapia, don Vicente de Sucre y Urbaneja, esposo de doña María Manuela de Alcalá, de otra casa distinguida de Cumaná, domicilio de ambos, y en donde tuvieron varios hijos, uno de aquellos ANTONIO JOSÉ, nacido el día 3 de Febrero de 1793, que recibió la primera educación en Caracas, capital de la Capitanía general.

Para 1808 estudiaba este manco las matemáticas con el propósito de seguir la carrera de ingenieros en la cual obtuvo el grado de Teniente para 1810, y poco después del memorable 19 de Abril fué destinado por el Gobierno revolucionario de Caracas a servir en la provincia de Barcelona la Comandancia de ingenieros. «De esta manera concurrían en el joven cumaués las nativas inclinaciones y los estudios y quehaceres del militar científico, para labrar lenta pero sólidamente el ánimo generoso y fuerte, que a su debido tiempo trajera sobre sus sienes inculcadas la auréola de los héroes.»

II

En una orden general de Miranda en su campaña sobre Valencia en 1811, dispuso que el oficial ANTONIO JOSÉ SUCRE, que se hallaba en Barcelona sirviendo como oficial científico, viniera a su Estado Mayor, en donde prestó él servicios al lado del mártir de la libertad americana, durante la desastrosa campaña siguiente de 1812, campaña que todo republicano honrado recordará siempre con dolor patriótico, y con respeto a la memoria del venerable patricio vícti-

ma de la perfidia de Monteverde, y del error cometido en La Guaira por los subalternos de aquél.

La catástrofe de ese año que hizo perder la República por la infausta y calamitosa ocupación de gran parte del territorio por las hordas del mencionado Jefe realista, dispersó los republicanos más notables. Uno de estos, SUCRE, aunque no muy notable todavía, se refugió en su provincia nativa, Cumaná, y de allí salió en 1813 a reunirse con Mariño, Piar, Bermúdez, Valdez, y los otros héroes que en Chacachacare juraron morir por la libertad; y que emprendieron la reconquista de Venezuela, en cuya heroica campaña sirvió SUCRE con incansable actividad, inteligencia y valor a las órdenes de los dos primeros.

III

Bajo Mariño siguió sirviendo SUCRE, inseparable, durante la campaña de 1813. Tomó parte activa en esta hasta la rota de Monteverde por Piar y Azcúa, y la rendición de la plaza de Cumaná; y luego en la organización del ejército de Oriente tocó á SUCRE formar el batallón de Zapadores, lo que logró a travez de grandes dificultades, por la alarma de los habitantes y la profunda pobreza en que se hallaba el país.

IV

Al comenzar el año de 1814, cediendo Mariño á las instancias del LIBERTADOR, concurrió con su hermoso ejército oriental á la campaña sobre Caracas, incorporándose al de Occidente para el mes de Marzo. Allí venía SUCRE como Teniente Coronel y con la reputación de Oficial científico, organizador y valeroso.

Desde luego el LIBERTADOR le destinó a servir el Estado Mayor general del Ejército de Oriente, empleo en que desplegó el celo, talento y luces que tanto le distinguieron. «El era—SUCRE—el alma del Ejército en que servía, según la expresión del mismo LIBERTADOR: todo lo metodizaba; todo dirigía; pero con aquella modestia, con aquella gracia, con que hermozeaba cuanto hacía; él era el mediador, el consejero, el guía, siguiendo siempre la buena causa, corrigiendo el desorden, y sin dejar de ser amigo de todos sus compañeros de armas.»

Estas calificaciones del mérito de Sucre, dadas por el grande hombre de la América del Sur, por aquel que hubiera visto en el vencedor de Pichincha, de Ayacucho y de Tarqui, un rival de sus glorias, si hubiera sido capaz de sentir el terrible aguijón de la envidia, son sin duda las que hacen el más grande elogio de la capacidad y de las virtudes del héroe cumanés, al mismo tiempo que nos dan una alta idea de la nobleza y de la justicia del héroe caraqueño. BOLIVAR debía hacer justicia a SUCRE, porque BOLIVAR no podía ser envidioso, como no puede serlo el que tiene un gran mérito que todos reconocen.

V

Continuó SUCRE la campaña bajo Mariño en el puesto de Jefe de Estado Mayor a que le destinó el LIBERTADOR.

Las derrotas de Aragua y Urica, tan desastrosas para los republicanos, arrojaron a muchos de estos a las Antillas. SUCRE, con tal motivo, permaneció en Trinidad hasta que BOLIVAR, regresó de los Cayos de Haití con elementos que oponer de nuevo á los españoles;

y viniendo aquel con otros patriotas a incorporársele, ocurrió un naufragio en que perecieron varios, salvando á SUCRE la serenidad con que permaneció 20 horas sobre un baúl en alta mar a merced de las olas, hasta que Santiago Calderón y Francisco J. Gómez le recogieron y le llevaron á Chacachacare.

Aquí conviene expresar, aunque se falte a la cronología, que SUCRE, recordando este servicio prestado por dos hombres del pueblo, mandó desde Bolivia en 1825, una suma de pesos a Calderón y á Gómez, suma que, como otra más considerable que en la misma época remitió a sus hermanos con la condición de que no reclamasen del Gobierno el valor de sus esclavos emancipados por haber tomado las armas en favor de la República, provenía de la cantidad que se le adjudicó como parte del millón de pesos que el Congreso del Perú puso á disposición del LIBERTADOR, para que lo distribuyera a su voluntad entre los Generales, Jefes, oficiales y tropa del Ejército Unido.

Salvado SUCRE de aquel naufragio, tomó en Güiría, de orden de Mariño, el mando del «Batallón Colombia» uno de los cuerpos con que se puso cerco a Cumaná, en cuya provincia permaneció hasta que, por las disenciones de los patriotas, se separó de Mariño, y con Urdaneta y 30 oficiales fue a reunirse a Bermúdez y luego a BOLIVAR en Angostura, atravesando los desiertos de Maturín y Guayana. Ya tenía la categoría de Coronel graduado.

VI

SUCRE se separó de Mariño porque él era primero patriota que soldado, antes amigo de la República que de su conciudadano.

La historia registra como uno de

los varios desaciertos del exaltado patriotismo de algunos republicanos, la congregación, el día 8 de Mayo de 1817, en San Felipe de Cariaco, de una Asamblea cuyo verdadero objeto era desconocer la autoridad del LIBERTADOR.

La operación del Congreso de Cariaco no encontró general acogida. Sucre, aunque joven, tenía sensatez que faltó en aquel trance a otros respetables patriotas. No acompañó, pues, a Mariño en sus propósitos que habían de traer males a la causa pública, pues era BOLIVAR el centro de autoridad y de dirección reconocido generalmente, con la conciencia de que solamente así se podía triunfar del poder español en América. Los resultados comprobaron esta verdad.

VII

El año de 1817 lo pasó Sucre sirviendo en diversos puntos de Guayana. Ya Coronel efectivo hecho por el Jefe Supremo de Venezuela, fue destinado a servir la Comandancia del Bajo-Orinoco; y penetrado BOLIVAR de cuan apto era SUCRE para crear orden y establecer la disciplina militar, le destinó al Estado Mayor divisionario de Bermúdez; con lo cual terminaron los sucesos de Oriente en 1817.

VIII

Promediando el año de 1818, elevado SUCRE al alto rango de General de Brigada, desempeñaba el puesto de Jefe de E. M. general del Ejército, bajo Bermúdez. La situación de Venezuela era angustiadísima. Se habían perdido las ventajas obtenidas a costa de cruentos sacrificios; se desbarataban los cuerpos de Ejército en que cifra-

ban esperanzas los patriotas, y desaparecía el armamento y todo material de guerra indispensables para levantar nuevas legiones.

En situación tan deplorable mandó BOLIVAR a SUCRE en comisión a las Antillas, para solicitar armas y municiones necesarias a fin de reparar los descabros. Nunca tuvieron Washington ni Napoleón una posición tan difícil: sin dinero, sin crédito establecido, sin apoyo regular de un vecino, el LIBERTADOR tenía al frente los aguerridos batallones y todo el poder de España, y esto en un país que no poseía para entonces la conciencia de que tenía derecho a su libertad.

La confianza que BOLIVAR puso en su Teniente no resultó fallida. Este, que como su General, tenía el dón de persuadir a los cultos extranjeros como a sus compatriotas, consiguió en las Antillas el crédito necesario; levantó recursos y adquirió 9.750 fusiles, el tren de artillería y la gran cantidad de municiones de guerra, bastantes para comenzar por tercera vez la campaña que prometía ser feliz para la República.

IX

Al volver SUCRE de las Antillas, con su honor y palabra empeñados, encontró en Guayana base para cumplir sus principales compromisos con el comercio extranjero, porque el activo patriota José Félix Blanco Comandante general de las Misiones, había prometido al LIBERTADOR, y lo cumplía, levantar valores en ganados, mulas y algodones que la regular, laboriosa y honrada Administración de Blanco en las Misiones del Caroní, le permitió poner a disposición del Gobierno en Angostura, y que fueron destinados a cubrir los compromisos contraídos por su comisionado.

Por este tiempo SUCRE fue nombrado Jefe de Estado Mayor del Ejército que mandaba Mariño en el Oriente de Venezuela, y luego pasó a servir el Estado Mayor general del LIBERTADOR. Con ese carácter mereció de BOLIVAR la designación, con el Coronel Pedro Briceño Méndez y el Teniente Coronel José Gabriel Pérez, ambos muy notables en el Ejército republicano por sus luces y servicios, para ajustar con Morillo el tratado de regularización de la guerra, que se firmó a las diez de la noche del 25 de Noviembre de 1820. "Este tratado, escribía el LIBERTADOR, en el Perú el año de 1825, es digno del alma de SUCRE: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra: él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho".

X

En 1821, en Bogotá, fue SUCRE destinado a mandar las tropas de Colombia en auxilio de Guayaquil, insurreccionado contra el Gobierno español en el sentido de la Independencia

Dos derrotas consecutivas, a Luis Urdaneta y a Valdez sucesivamente, pusieron a Guayaquil al borde del abismo; pero llegó SUCRE y desplegó allí su genio conciliador, cortés, activo, y audaz.

XI

El pueblo de Guayaquil deseaba la libertad. Sucre dirige con acierto este deseo. Triunfa en Yaguachi y liberta a Guayaquil, y triunfa luego, sin combatir, del ejército realista que se presentó vencedor, fuerte y de nuevo combatiente.

La habilidad de Sucre logra del

Jefe español un armisticio que supo aprovechar: valió por una gran victoria y la de Pichincha se debió indudablemente a esta operación.

XII

Ratificó Quito (acta de 29 de mayo) en una asamblea de sus más ilustres ciudadanos, el pacto de Unión con la Nueva Granada y Venezuela, dictando al mismo tiempo otras medidas que tenían por objeto recordar a la posteridad el triunfo de Pichincha y la gloria de sus libertadores.

"A imitación de Quito, se declaró también Guayaquil unido a Colombia, por el órgano de una asamblea popular reunida el 31 de Julio. Desde entonces quedó adherido a la Gran República, y pocos días después formó de él BOLIVAR un nuevo departamento de Colombia. Años adelante (1824) organizó el Congreso otros dos en el hermoso territorio de la antigua presidencia; a saber, el del Ecuador, cuya capital fue Quito, y el del Azuay, que tenía por tal a Cuenca".

XIII

"La campaña que terminó la guerra del Sur de Colombia, fue dirigida y mandada en persona por el General SUCRE; en ella mostró sus talentos y virtudes militares; superó dificultades que parecían invencibles: la naturaleza le ofrecía obstáculos, privaciones y penas durísimas: mas todo lo sabía remediar su genio fecundo. La batalla de Pichincha consumó la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor. Entonces fue nombrado, en premio de sus servicios, General de División, e Intendente del Departamento de Quito. Aquellos pueblos veían en él a su libertador, su ami-



Copia de un cuadro al óleo, conmemorativo de la inauguración de la estatua del Mariscal Sucre, en 1892.

go: se mostraban más satisfechos del Jefe que les era destinado, que de la libertad misma que recibían de sus manos. El bien dura poco: bien pronto le perdieron.

«La pertinaz ciudad de Pasto se subleva poco después de la capitulación que les concedió el LIBERTADOR, con una generosidad sin ejemplo en la guerra. La de Ayacucho, que veremos pronto con asombro, no la será comparable.

Sin embargo, este pueblo ingrato en esta vez obligó al General Sucre a marchar contra él a la cabeza de algunos batallones y escuadrones de la guardia colombiana. Los abismos, los torrentes, los escarpados precipicios de Pasto, fueron franqueados por los invencibles de Colombia. El General Sucre los guiaba, y Pasto fue nuevamente reducida al deber».

Gloria a Sucre

La Batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana y la obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de catorce años La posteridad representará a Sucre con el un pie en Pichincha y con el otro en Potosí, llevando en sus manos la cuna de Mancocápac y con templando las cadenas del Perú rotas por su espada.

Simón Bolívar.

..... *“Es suficiente remuneración de mis servicios, regresar a la tierra patria, después de seis años de ausencia, sirviendo con gloria a los amigos de Colombia; y, aunque por resultado de investigaciones extrañas, lleve roto este brazo que en Ayacucho terminó la guerra de la independencia americana, que destrozó las cadenas del Perú y dió ser a Bolivia, me conforme cuando, en medio de difíciles circunstancias, tengo mi conciencia libre de todo crimen.....”*

“Al ser llamado por la Asamblea

General para encargarse de Bolivia, se me declaró que la independencia y organización del Estado se apoyaban sobre mis trabajos.—Para alcanzar aquellos bienes, en medio de los partidos que se agitaban quince años y de la desolación del país, no he hecho gemir a ningún boliviano; ninguna vida, ningún huérfano solloza por mi causa:—he levantado del suplicio porción de víctimas condenadas por la ley; y he señalado mi Gobierno por la clemencia, la tolerancia y la bondad..... Acaso se me culpe de que esta condescendencia sea el origen de mis heridas; pero, estoy contento de ellas, si mis sucesores, con igual lenidad, acostumbran al pueblo boliviano a conducirse por las leyes, sin que sea necesario que el estrépido de las bayonetas estén perennemente amenazando la vida del hombre, y amenazando la libertad..... En el retiro de mi vida, veré mis cicatrices, y nunca me arrepentiré de llevarlas, cuando me acuerden que para formar a Bolivia preferí el imperio de las leyes, a ser tirano y el verdugo que lleva siempre una espada pendiente sobre la cabeza de los ciudadanos”.

A. J. de Sucre.

Si a alguno pudiera aplicarse entre los modernos el encomio que hizo de Escipión Emiliano un historiador latino, "nunca cometió una mala acción, ni pronunció palabra que no fuera digna de alabanza", sería tal vez a Sucre.

Antonio Flores.

VALEROSO en la guerra y amable en la paz, Sucre ha sido un héroe excepcional en la historia de América y nadie, como él, merece con justicia el calificativo de inmaculado. Su memoria será siempre bendecida por los ecuatorianos que amen la honra de su patria.

J. T. Noboa.

La espada de Sucre no fue el centro de la tiranía, sino el áncora de la libertad.

Luis A. Salazar.

Si en verdad la virtud es el fundamento de la República, ninguna, como la de Colombia, tuvo entre los suyos fundador más digno, más dueño de asentar con su ejemplo esa primera base.

Desde la aparición de Sucre para Colombia, ya no hay duda de que el Dios de los Ejércitos enviaba a los ángeles a combatir por su pueblo.

Uno de esos levanta en Pichincha otra losa, debajo de la cual, como el Salvador, se alza la libertad inmolada con los próceres del Diez de Agosto, y cobra el vuelo del espíritu, al que al fin no contrarrestará otro poder que el de la razón.

A. Cárdenas.

Qué celebráis ahora con tantas demostraciones de entusiasmo? El éxito feliz de una batalla, diestramente combinada? No siempre las victorias de las armas son triunfos de la

justicia. El triunfo de Sucre en Pichincha debe celebrarse, porque la guerra de nuestra emancipación política de España fué justa. Era ya llegado el tiempo en que las colonias americanas debían gobernarse por sí mismas; y la victoria de Pichincha fue el triunfo del derecho sobre la fuerza.—Después de la batalla, Sucre en la temprana edad de veintisiete años, descendió a esta ciudad, sin que los laureles de su espléndida victoria y el acatamiento de todo un pueblo, a quien acababa de sacar a nueva vida, fuesen parte de viciar su alma noble y generosa: triunfando fue feliz; usando bien de la victoria supo ser de veras grande. Jóvenes, aplaudid sus triunfos; emulad también sus virtudes.

Federico González Suárez.

"El triunfo obtenido por las huestes liberales en la cima del Pichincha es uno de los grandiosos monumentos consagrados a la memoria del ínclito Sucre y a la gloria de Colombia. En Pichincha fue sellada la independencia de la gran sección suramericana en la que hoy tres Repúblicas tienen vida independiente. Al nombre de Pichincha irá unido siempre el del famoso caudillo a quien se debe una de las más importantes victorias de la magna guerra. El 24 de Mayo de 1822 será fecha inmortal en los anales de la América toda; y en los de Venezuela, Colombia y Ecuador vivirá eternamente, con el recuerdo del héroe que ha colocado ese día entre los más faustos de nuestra historia.

Loor al héroe de Pichincha!"

Francisco J. Montalvo.

"El 24 de Mayo de 1822 se transfiguró el héroe cumánés, pues que en ella cumplió una misión providencial. Y nuestra admiración sube de punto y como que participa de la magnanimidad que caracteriza sus

acciones inmortales al reconocerlas y acatarlas; no en vano la Historia y la colosal montaña que atestigua sus hechos inmortales, nos lo presentan como al guardián de las instituciones libres y como al guerrero prodigioso, acaso el único que salió sin mancha, de en medio de los horrores de la guerra”.

Celiano Monge.

“Pichincha viene a vengar todos los desastres pasados. Esta batalla tiene algo de mitológico y fantástico: párecenos ver a los dioses combatiendo con los hijos de la Tierra en las puertas del Olimpo, y que estos ruedan despedazados por una lluvia de rayos espantosos. Que altura tan prodigiosa la que sirve de teatro a una de las más gloriosas batallas de nuestra independencia! Que sublime espectáculo! Cuando se vió otro semejante en el mundo? El 24 de Mayo de 1822 “a las doce del día, en que se ostenta más esplendente el que fue Dios de Calicuchima y Quisquis”, quedó sellada para siempre la independencia de nuestra Patria. España! soberbia España! Ya no brilla en tu corona la magnífica esmeralda de los Shirys!

“Por las manos de Sucre la victoria.—Ciñe a Bolívar lauro inmarcesible”.

“En el campo de batalla debió erigirse un monumento que eternizase la victoria. Cosas del entusiasmo de los hombres! No existe por ventura el monumento elevado por las manos de Dios? Pichincha, columna eterna de base de oro y capitel de fuego: en ella están grabadas por el *Dios Glorificador* los nombres de Bolívar, de Sucre, de todos los vencedores, y allí están “Para hablar a los siglos y naciones”, porque ese monumento no es obra del arte humano, no es “ludibrio del tiempo, que con su ala—débil la toca y la derriba al suelo”.

Juan León Mera.

Yo no maldigo lo pasado, maldigo lo futuro; pues si Dios misericordioso perdonó a los delincuentes ¿qué sería de mis maldiciones? Maldigo lo futuro, para que los hombres que merecen bien del género humano, los civilizadores, los libertadores, los héroes perínclitos, los filósofos, los maestros de la ley moral se hallen expuestos lo menos posible a las locuras de estos Brutos ciegos. Brutos insensatos que matan a Enrique cuarto y dejan vivir a Carlos nono, maldicen a Bolívar y bendicen a García Moreno. Puñal para Sucre, el más modesto de los grandes hombres, el más generoso de los vencedores, el más desprendido de los ciudadanos: Sucre, varón rarísimo que supo unir en celestial consorcio las hazañas con las virtudes, el estudio con la guerra, el cariño de sus semejantes con la Gloria. Puñal para Sucre, el guerrero que comparece en la montaña, cual si bajase del cielo, y cae y revienta en mil rayos sobre los enemigos de América; Sucre, el vencedor del Pichincha, el héroe de Ayacucho, el brazo de Bolívar: puñal para Sucre, esto es, puñal para el honor, puñal para el valor, puñal para la magnanimidad, puñal para la virtud, puñal para la gloria. Americanos! ese golpe de sangre que os inunda el rostro en ondas purpurinas es vuestro salvador: la vergüenza borra la infamia, y los que gimen en silencio bajo esa enfermedad bienhechora, están salvados. Sucre no murió a nombre de un principio, de una idea, ni por mano de un partido: su muerte no pesa sino sobre su matador, y su memoria no infama sino a su tenebroso verdugo.

Juan Montalvo.

“Sucre va a entrar por la puerta del Panteón, sin heridas, sin sangre, sin odios, sin venganzas, incorpóreo, justiciero, radiante. Los muertos no poseen la memoria del mal, sino de la virtud. Levantarse de la tumba, para recibir la corona del triunfo, es

resucitar a los días del deber cumplido”.

Aristides Rojas.

Todos los biógrafos del Gran Mariscal de Ayacucho, están conformes en decir que desde la triste y desastrosa campaña de 1812, que concluyó con el pacto de San Mateo, la violación de éste por Monteverde y la dispersión de los independientes, mostró Sucre el carácter arrojado, digno y caballeresco que más tarde le hizo descollar sobre tantos héroes y merecer el calificativo de EL SOLDADO MAS VIRTUOSO DE LA INDEPENDENCIA. En su vida no hay tacha ni nube que empañe su pureza. Sucre reunía a su serenidad en el combate, a su firmeza y arrojo, el amable trato y la distinción que cautiva y avasalla.

Tenía la sencillez del guerrero espartano y la modestia del verdadero sabio. Era en el hogar, modelo de virtudes domésticas. El amante esposo y el noble sostén y apoyo de su familia.

Tenía en el mando benévola generosidad, indulgente carácter, al mismo tiempo que la necesaria energía y severa rectitud del Magistrado.

Baronesa de Wilson.

¡Qué hombre! señores; qué hombre! y en qué tiempos! cuando el orgullo, la ambición y las más desapoderadas pasiones rugían como tempestad..... Sucre olvida su personalidad, su bienestar, y hasta sus glorias, para no pensar sino en la causa pública, y entregarse a su servicio, con heroica y sublime abnegación. Sueña con la libertad de un mundo; ama con delirio las glorias de Bolívar y de Colombia; anhela con vehemencia el triunfo de la democracia y de la República, que es la causa del derecho, de la justicia, de la fraternidad y la igualdad; en este camino, no hay obstáculos que no supere, ni sacrificios de que no

sea capaz. ¡Cuántas veces por salvar la causa santa de la libertad, no vaciló en sacrificar hasta su nombre, hasta su reputación, cuando las graves circunstancias del momento, requirieran de él este heroico sacrificio.

Manuel B. Cueva.

El alma del Gran Mariscal de Ayacucho era de diamante para resistir el choque de las pasiones y por sus mil facetas despedía rayos de luz, pero sus fuegos interiores le hacían brillar sin quemarle. Fue un espíritu superior, no se le puede hacer el reproche de haber sido subjetivo, no se ocupó jamás de sí mismo, se dejó arrastrar, absorber, por el objeto, es decir, por lo que estaba ante él: la humanidad y la historia. En él ningún orgullo, ninguna presunción, ninguna de esas pasiones vergonzosas que extravían a los hombres para hacerlos desgraciados.

D. B. T.

“Salve Sucre! Espíritu fundido
De material divino, en los troqueles
De que Dios se ha servido
Para sacar modelos de grandeza.

Si Bolívar, el genio prodigioso,
Esa fuerza magnética, ese rayo
Que hizo rodar al español coloso,
Contemplando al través de lo futuro
De tu gigante talla la silueta
Dibujarse en el cielo claro-oscuro
De nuestra historia patria,
Tuvo por honra proclamarte su hijo;
Nosotros, estudiando en lo pasado
Esas brillantes páginas escritas
Con tu sangre de mártir, con tus hechos,
Te proclamamos padre! y tus benditas
Cenizas, sepultando en nuestros pechos,
Sobre ellas te juramos
Incólumes guardar nuestros derechos.

Daniel León.

“Sucre que había paseado triunfante su pendón de guerra, desde los márgenes del Orinoco hasta los confines del Cuzco, debía dormir el

sueño de la muerte en medio de las soledades de una montaña, teniendo como epitafio para su tumba las elocuentes palabras que vertiera al saber su triste fin, el Genio tutelar de América: SE HA DERRAMADO LA SANGRE DE ABEL!"

Vicente Pesquera Vallenilla.

"Era el 25 de Mayo de 1822 y el pueblo quiteño compuesto de cincuenta a sesenta mil individuos, conducía en triunfo a un joven delgado, alto, de nariz aguileña, de pelo rizado y de fisonomía inteligente y marcial, pero llena de bondad y de calma. Este joven vestía un calzón de modesto dril, una levita negra arrugada por el agua y cubierta de polvo, y cubría su cabeza con una gorra de paño sin más divisa que un galón de oro ennegrecido por el humo de las batallas: era Sucre, el segundo capitán de Colombia, el amigo íntimo y sincero del LIBERTADOR; el presunto triunfador de Ayacucho, el Presidente de Bolivia".

(De "El Federalista" de Caracas)

"Qué grandeza, señores, la de Sucre!

Aún pasará a las comarcas del Potosí; tendrá la imponderable dicha de dar la postrera batalla de la independencia, y escribirá en las rocas de Quinó el *Non plus ultra* de la dominación española; de la dominación digo, no de la amistad, no del afecto, que se reanudaron en el campo mismo de la contienda, mediante el abrazo del adalid vencedor a los bravos generales a quienes no fue propicia la fortuna.

Al estampido de los cañones de Ayacucho, brotó una nación nueva en el territorio de los Incas. Sucre había de gobernarla; no con el brazo de titán, que desbarataba ejércitos, sino con la suavidad, con la medida, con el talento, con el tino, propios del más hidalgo y amable ca-

pitán de la emancipación. Bolivia había de ser feliz, teniendo tal gobernante".

Luis Cordero.

SUCRE inmortal! Para escribir tu gloria, Halló, al fragor de la tenaz pelea, Del Pichincha en la mole gigantea, Página digna, la veraz historia.

J. Arboleda A.

La muerte de Sucre fue el martirio de la gloria: El crimen no bautizó nunca la libertad de un mundo con más noble sangre, por eso el drama de Berruecos, que es el mejor timbre para un héroe, es el peor baldón para un pueblo. Los crímenes de Caín no perdonan las naciones jamás.

José Ricardo Carrión.

La gloria del vencedor de la Batalla de Pichincha es tan rara y elevada, como rara y sin igual es la altura del campo de esa memorable jornada, que selló la Independencia de Colombia y preparó la libertad del resto de la América del Sur.

Miguel Egas.

Con recio empuje y brazo poderoso en el combate manejó la espada; y arrojando el acero victorioso en la arena del campo ensangrentada, siempre al vencido le tendió la mano Sucre el audaz guerrero americano.

L. Eduardo Espinosa.

De todas las incomparables virtudes del HÉROE SIN TACHA, la que más cautiva mi admiración y mi amor por él, su lealtad Colaborador, más que Teniente de Bolívar, jamás dió acceso en su alma nobilísima a un solo movimiento de emulación por

las glorias y la fortuna del ídolo de cien y cien pueblos: y, cuando, descendiendo a su ocaso el sol de Colombia entre siniestras nubes de ingratitude y de perfidia, una leve transacción con los desleales le hubiera elevado al Capitolio, prefirió ir a dar, cargado con su fidelidad inquebrantable, en las tenebrosas encrucijadas de Berruecos.

José María Alvear.

Quando la historia escribió en una de las más brillantes páginas de la América el nombre del Gran Mariscal Sucre, enlazó la corona de la gloria con la corona del martirio; en aquella se lee: "Pichincha y Ayacucho"; ¡¡ en ésta Berruecos!!! La primera simboliza la gratitud del pueblo en posesión de la Libertad para el bien; la segunda el crimen de la Demagogia que es la tiranía de la Libertad para el mal.

R. Borrero.

Para cantarte oh Gloria Americana!
Es preciso ser grande como tú;
Mas, no para ofrecerte, entusiasmado,
Un tributo de amor y gratitud.

C. Camilo Daste.

Su noble corazón inmaculado
Virtud y patriotismo sólo encierra,
Fue en el hogar ilustre ciudadano
Y aquí, en Pichincha, el Genio de la guerra

Enrique S. Aguirre F.

SUCRE! El Aguila de los Andes,
cierne su majestuoso vuelo sobre las
regiones de la América Ecuatorial;
se posa y yergue altiva en las en-
cumbreadas rocas del Pichincha, mon-
taña de la libertad, y entona el cán-
tico de victoria sobre las ruinas de la
secular tiranía, que, en puridad, no
engendra sino esclavos. Desgracia-

do el pueblo que, desconociendo su
origen y la grandeza de sus miras, se
abate a los pies de mandarines sin
conciencia ni ley!

Adolfo Baquero Montaña.

SUCRE, la figura más simpática de la Independencia, el hijo mimado de la gloria, el predilecto del Gran Bolívar, eligió por patria adoptiva el Ecuador: los ecuatorianos debemos consagrar a su memoria una filial ternura.

Francisco Orejuela.

Sucre, insigne campeón de la milicia de Bolívar, fue el héroe predestinado en los sabios consejos del Altísimo, a escribir las tablas de nuestra autonomía sobre el Pichincha, Sinaí del Nuevo Mundo, humedecido con la sangre de 340 soldados de Colombia. Y al fragor de sus armas fulminantes, entre las plúmbeas nubes que levanta la pólvora en los dominios de la guerra, fue como aquel INMACULADO CAPITAN, ofreció a los pueblos redimidos por su espada los principios tutelares de la democracia.

Ricardo Cornejo.

Si Bolívar fue la figura más culminante de nuestra independencia, Sucre fue la figura más simpática; y si hubo alguien que pretendió presentar a Sucre guerrero como émulo del Libertador, fue porque olvidó, sin duda, aquellas palabras suyas que hacen el elogio más merecido del Héroe de Pichincha: "Si la Providencia nos hubiese concedido el derecho de elegir padres, yo elegiría por padre a Don José María Mosquera, y por hijo al General Sucre".

Florentino Uribe.

Sucre inmortal!!!..... Cuando contemplo tu sombra veneranda, enhiesta sobre los riscos de Pichincha, trono sublime de tu gloria, te miro gigante como los penachos de ceniza que coronan la frente de los volcanes andinos, invaden el éter y

eclipsan al sol!..... Oyes ese retumbo fragoroso del cañón, que acorda grandiosamente con las notas entusiastas de marciales músicas? Los ecos son del himno que en tu loor entonan los americanos pueblos, himno conque la posteridad consagra el culto de sus héroes.....

Antonio J. Quevedo.

Me saltea un pensamiento doloroso.—Vemos que en los actuales tiempos van tan a menos el desinterés, el verdadero patriotismo y más cívicas virtudes, que se tendrán como fábulas las virtudes y hazañas de Sucre, en las subsiguientes generaciones.

Roberto Espinosa.

A Sucre, las circunstancias le hicieron héroe y la fortuna libertador; su genio el dio gloria, sus enemigos la apoteosis del martirio, sus hechos el título de inmaculado.

A. P. Chaves.

Fiat lux, dijo Dios y en el instante la luz surgió clareando el horizonte: blandió Sucre su espada fulgurante y el sol de libertad brilló en un monte.

Pedro Pallares Arteta.

Paz y grandeza, libertad pregona
El héroe que en Pichincha combatió,
El a la Patria de inmortal corona
Con su genio y valor engalanó.

Luis F. Miranda.

Sucre no necesita más monumento: el Pichincha es el más digno de su grandeza.

P.

En mi humilde concepto, como republicano, creo que, entre los hombres-genios de ambos mundos, que justamente ha ensalzado la Historia de la humanidad, desde César, Emperador de los romanos, Napoleón el Grande, Washington y aún Bolívar, ninguno ha sido más generoso e INMACULADO, tanto en la vida privada como en la pública que el Gran Mariscal Sucre, filósofo y Sub Redentor de cinco naciones sudamericanas.

Por esto, no solo le admiro a Sucre, sino que lo venero como divinidad humana.

Alcides Enríquez.

ALGUNOS DE LOS HOMENAJES rendidos por el Concejo Cantonal de Quito a la memoria del ilustre Mariscal

El 29 de Mayo de 1822, en asamblea popular presidida por el Concejo Municipal se dictó un acuerdo, que en el Art. 7º dispone.—“Que para hacer durable la memoria del General Sucre en esta Capital se publique el 13 de Junio la ley fundamental de Colombia que en él presten la Ciudad, las Corporaciones y Autoridades, el juramento de defender en sus bienes, su vida y su sangre, la independencia, la libertad política, Y LA INTEGRIDAD DEL ESTADO, perpetuando una función todos los años el 13 de Junio, para secundar el día en que Quito se incorporó a la República.

El 29 de Junio de 1866, el Concejo Municipal expidió el siguiente acuerdo:

EL CONCEJO CANTONAL DE QUITO,

CONSIDERANDO:

Que el esclarecido General Antonio José de Sucre merece de los ecuatorianos y especialmente del pueblo quiteño, un recuerdo eterno unido a una gratitud.

ACUERDA:

Artículo único.—Se colocará el retrato del General Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho, en la sala de sesiones de este Concejo, al frente del retrato del Libertador y el presente acuerdo se inscribirá en la parte inferior del Lienzo.

Comuníquese al Sr. Jefe Político para la ejecución y cumplimiento.

Dado en la sala de sesiones del Concejo Cantonal de Quito a XXIX de Junio de MDCCCLXVI.—El Presidente, *Antonio Ribadeneira*.—El Secretario, Concejal, *Alejandro Chiriboga*.

Jefatura Política del Cantón.—Quito a XXX de Junio MDCCCLXVI.—Ejecútese.—*Nicolás Egas*.—El Secretario, *Alejandro Chiriboga*.

Desde 1860, una de las principales carreras, en que está dividida la ciudad, lleva el nombre de Sucre.

El 31 de Octubre de 1894, compró el Concejo una magnífica casa central, para escuela de niños, y le bautizó con el nombre de Sucre.

El 1° de Agosto de 1892, el Concejo expidió el siguiente acuerdo.

EL CONCEJO CANTONAL DE QUITO,

CONSIDERANDO:

1° Que el pueblo ecuatoriano tiene eterna gratitud al Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, vencedor en Pichincha, por sus inmensos e imponderables servicios prestados a la causa de la emancipación americana.

2° Que el Concejo Cantonal de Quito, con el noble propósito de perpetuar la memoria de tan magnánimo como inclito guerrero, ha trabajado desde 1873 por erigir una estatua digna del Héroe.

3° Que la fecha más apropiada para el objeto es la que conmemora el primer grito de Independencia, dado en esta ciudad;

DECRETA:

Art. 1° Levántese una estatua de bronce al Gran Mariscal de Ayacucho en el centro de la "Plaza Sucre".

El pedestal será de traquita, extraída de

las faldas del Pichincha, campo de la victoria del 24 de Mayo de 1822 y tendrá cuatro partes: en las tres irán sendos bajorrelieves que representen, respectivamente, la victoria de Pichincha, la de Ayacucho y la de la Apoteosis de Sucre; y, en la cuarta, la siguiente inscripción, gravada en mármol:

"A SUCRE EL ECUADOR" 1892.

Art. 2° La inauguración se verificará el 10 del presente mes, en la mayor solemnidad posible y habrá cuatro días de festejos públicos.

Art. 3° Se extenderá una acta en la que conste que la inauguración la llevó a cabo el Concejo en unión de los altos Dignatarios y de los comisionados de los Distritos, Provincias y Cantones de la República que concurren.

Art. 4° Esta Ordenanza se publicará por bando solemne, y una copia de ella, como también el original del acta, de que se habla en el artículo anterior, se conservará permanentemente en el salón de sesiones del Concejo.

Dado en Quito, a 1° de Agosto de 1892.
—El Presidente, *José María Bustamante*.—El Secretario, *C. Camilo Daste*.

Jefatura Política del Cantón.—Quito, 3 de Agosto de 1892.—EJECÚTESE.—*Carlos Demarquet*.—El Secretario, *C. Camilo Daste*.

Homenajes rendidos por el Concejo Cantonal de Quito, A LA MEMORIA DEL ILUSTRE MARISCAL

Sindicatura Municipal del Cantón.—Quito, a 24 de Mayo de 1922.

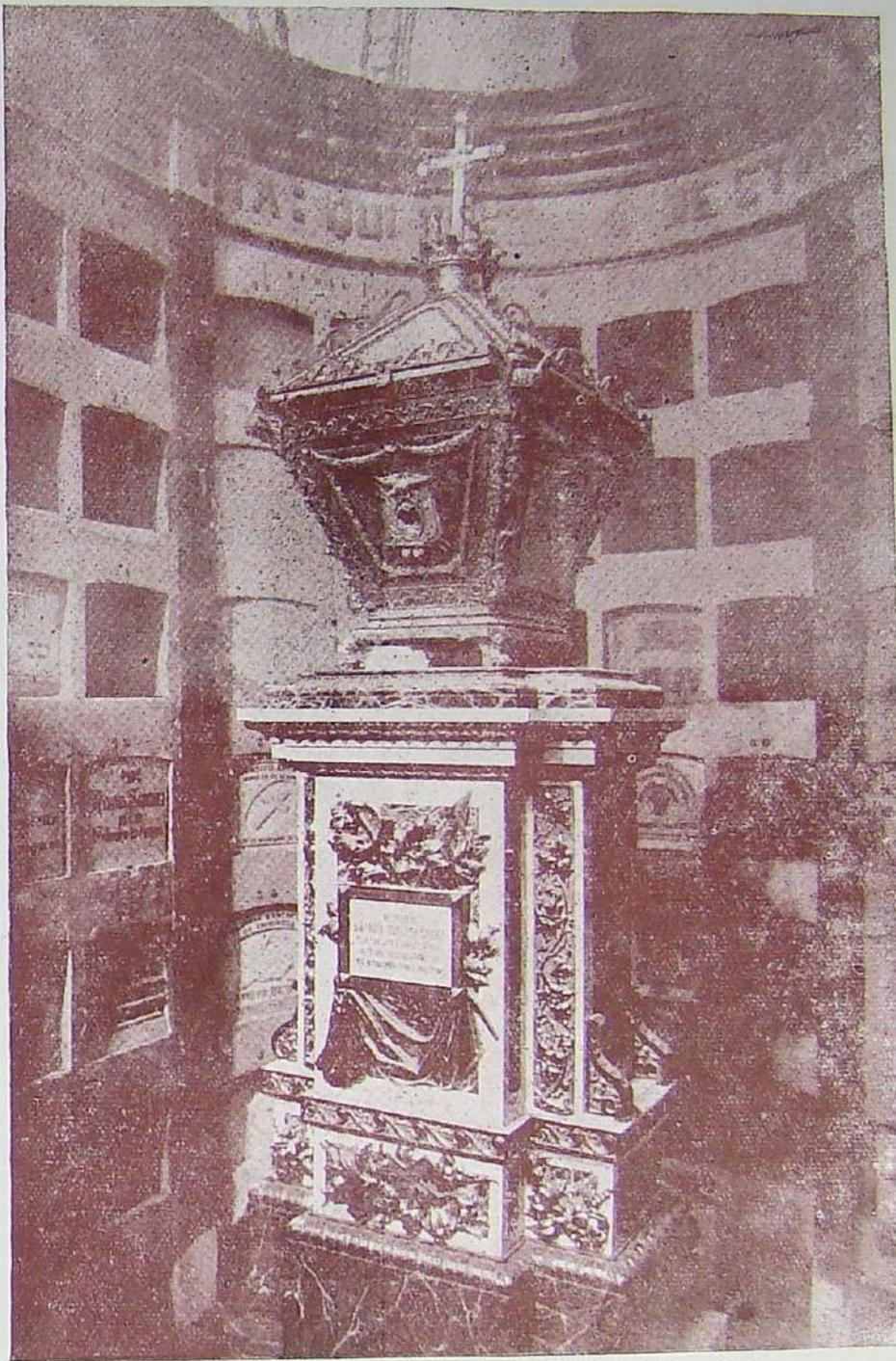
Señor Presidente del I. Concejo.

En cumplimiento del Programa formulado por la comisión municipal de festejos, el I. Concejo en que Ud. dignamente preside, debe expedir en esta sesión solemne, un Acuerdo conmemorativo de la Magna Fecha, cuyo Primer Centenario celebra hoy, con delirante patriotismo, el Pueblo de Quito.

Debe también el I. Ayuntamiento, en el propio Acuerdo, y como

representante del Pueblo, recomendar a la posteridad la grandiosa Batalla de las huestes que, al mando del inclito General Antonio José de Sucre, alcanzaron en las breñas del histórico Pichincha, triunfo cabal sobre el poder de España, victoria que significa el triunfo del derecho; la victoria de la libertad e independencia de los patriotas de Quito.

Y nada de mayor eficacia para recomendar a la gratitud de la posteridad la memorable batalla de hoy cien años, que grabar, por de-



Urna cineraria que guarda los despojos del Mariscal Sucre,
en la capilla de las Animas de la iglesia Catedral.

cirlo así, en la memoria y el corazón del Pueblo Ecuatoriano, el recuerdo del Héroe que fue el alma grandiosa de aquel sublime triunfo; y nada más conducente a perpetuar la memoria de aquel Héroe, que levantar el suntuoso mausoleo que ha de guardar los sagrados restos del vencedor en la inmortal jornada del 24 de Mayo de 1822, de aquel sublime guerrero que, con su espada invencible, decretó en las escarpadas breñas del Pichincha la libertad e independenciam de la Heroica Quito.

Perpetrado, por la ambición y la perfidia, el 4 de junio de 1830, en las tenebrosas montañas de Berruecos, el tan nefando crimen del monstruoso asesinato del *Abel Americano*, los restos del Héroe Mártir quedaron ignorados hasta 1900, en que nuestra buena suerte quiso que fuesen descubiertos; e identificados científica e históricamente, allí se están como encargados, en la Iglesia Metropolitana de esta Capital.

Ventidós años se han pasado desde entonces, sin que ni los Poderes Públicos ni el Pueblo redimido hubiesen hecho nada eficaz, en orden a levantar un mausoleo para guardar, con gratitud y veneración debidas, los sagrados despojos de nuestro *Washington del Sur*, el Libertador de Quito.

Suscitada, ha pocos días, la tan laudable y patriótica discusión acerca del lugar en que deben conservarse los restos del ilustre guerrero de la independenciam americana, es llegado el caso de que la Municipalidad de Quito, en conmemoración del Primer Centenario de la gran jornada del Pichincha, y rindiendo culto h menaje al vencedor magnánimo, acuerde la construcción del mausoleo que ha de guardar sus despojos.

Ni la Catedral ni el Colegio Mir

litar: los restos del inmortal Sucre deben reposar en suntuoso y propio mausoleo levantado por el Municipio de Quito, el Gobierno Nacional y con la cooperación de todos los quiteños, para así entregarlos, con suma veneración, a la gratitud de la posteridad.

Cúpole al Concejo de 1892 decretar la erección de la estatua del Gran Mariscal de Ayacucho: que al Concejo de 1922 le quepa la gloria de decretar el mausoleo en que debe la posteridad venerar los sagrados despojos del magnánimo Libertador de Quito.

A ello tiende el Proyecto del Acuerdo que con sincero patriotismo tengo a mucha honra presentar, respetuosamente, a la consideración del M. I. Concejo, en homenaje al Primer Centenario de la sublime Batalla de Pichincha y en uso del derecho que me concede la Ley de Régimen Municipal.

Dios y Libertad.—*N. R. Vega.*

EL CONCEJO MUNICIPAL DE QUITO,

CONSIDERANDO:

1º Que en esta fecha se cumple el Primer Centenario de la Batalla de Pichincha;

2º Que esta grandiosa jornada, dirigida por el fuclito General Antonio José de Sucre, fue la esplendorosa apoteosis de los sacrificios de nuestros mártires del 2 de Agosto de 1810 por la Libertad e Independenciam de nuestra Patria;

3º Que, por lo mismo, la Nación Ecuatoriana, y singularmente el Pueblo de Quito, deben eterna gratitud al ilustre Vencedor en Pichincha; y,

4º Que el patriotismo impone conservar en la memoria el acontecimiento de tanta magnitud que hoy se conmemora y recomiéndalo a la posteridad,

ACUERDA:

1º Renovar, en nombre del Pueblo de Quito, sus votos de reconocimiento e imperecedera gratitud para con

el Ilustre Jefe de la Independencia del Mundo de Colón, el inmortal Libertador Simón Bolívar;

2º Leer en esta sesión, el parte oficial del General Sucre, suscrito el 28 de Mayo de 1822, sobre la Batalla de Pichincha;

3º Prescribir la lectura de este precioso documento histórico, en sesión solemne, el 24 de Mayo de cada año;

4º Invitar a los Poderes Públicos, al Ejército, a los Establecimientos de Instrucción Pública, a las Instituciones de Crédito y a todo el Pueblo de Quito, en general, a una suscripción para erigir, en lugar adecuado y conveniente, el gran mausoleo en que deben guardarse los venerandos despojos del Héroe de la Batalla de Pichincha, Gral. Antonio José de Sucre;

5º Iniciar esta suscripción con la suma de \$ que se hará constar cada año, en el Presupuesto Municipal, hasta reunir la cantidad que para el objeto fuere necesaria; y

6º Constituir un Comité, que se denominará "Comité Mausoleo de Sucre" compuesto del Presidente del Concejo, el Síndico de la Corporación, un Vocal de la misma y dos ciudadanos por ella designados, para que dicho Comité gestione en todo lo concerniente a la completa realización del Proyecto.

Reunida la cantidad que, a juicio del Comité, pareciere suficiente para la erección del Mausoleo, el Comité informará al Concejo, a fin de que éste, de acuerdo con aquél, designe el lugar apropiado para la construcción, inicie y concluya los trabajos y lleve a efecto, con la debida pompa, el traslado de los venerandos despojos del Héroe de Pichincha.

El presente Acuerdo será suscrito por toda la Corporación Municipal.

Dado en la Sala de Sesiones, el 24 de Mayo de 1922.

EL CONCEJO MUNICIPAL DE QUITO,

CONSIDERANDO:

El informe favorable de la Comisión Técnica que estudió el

plano de Quito levantado por los Tenientes Luis Herrera y Ezequiel Rivadeneira, por orden del Sr. General Dn. Rafael Almeida Suárez, Jefe de Estado Mayor del Ejército, plano que fue obsequiado a este Municipio, con ocasión del próximo Primer Centenario de la Batalla de Pichincha;

ACUERDA:

1º Dar un voto de agradecimiento al Sr. Jefe de Estado Mayor General y a los Sres. Tenientes Herrera y Rivadeneira, por tan valioso obsequio;

2º Recomendar a las Superioridades Militares por un ascenso a los autores del plano, como estímulo a su importante labor y conferirles, por parte del Municipio, a cada uno de ellos, una medalla de oro y un Diploma de honor, que les serán entregados el 24 del presente mes, Primer Centenario de la magna Batalla de Pichincha; y

3º Autorizar la publicación del plano en escala reducida y previas las indicaciones de la Comisión Técnica, a fin de que se tenga dicho plano como oficial en las oficinas públicas.

Dado en la Sala de Sesiones del Concejo Municipal, en Quito, a cuatro de Mayo de mil novecientos veintidós.—El Presidente, J. M. Lasso.—El Secretario, J. B. Castrillón.

Jefatura Política del Cantón.— Quito, a dieciseis de mayo de mil novecientos veintidós.—Ejecútese. El Jefe Político accidental, Alejandro Mancheno R.—El Secretario, J. A. Espinosa.